ESCUELA DE LIDERAZGO DYNAMIS

CURSO BÍBLICO

PNEUMATOLOGÍA

VIVIR EN EL ESPÍRITU

EQUIPO COORDINADOR

Sandra Verano Sepúlveda
Trabajadora Social. Especialista en Gerencia Social
Magister en Sexualidad y defensa de la vida - ULIA
Email: sheccidagapao@hotmail.com Celular: +57-3158408821

Manuel Tenjo Cogollo
Magister en Teología - PUJ
Magister en Bioética - ULIA
Email: manueltenjo@yahoo.com Celular: +57-3124817374

APOSTOLADO PROYECCIÓN DYNAMIS
Escuela de Liderazgo Dynamis
http://proyecciondynamis.blogspot.com/

Escuela de Liderazgo Dynamis
Curso bíblico
PNEUMATOLOGÍA, VIVIR EN EL ESPÍRITU

2ª Edición, Bogotá, Colombia. 2022.
Elaborado Manuel Tenjo Cogollo
Email: manueltenjo@yahoo.com
Celular: +57 3124817374

Promovamos la evangelización, no la piratería.
Este material es utilizado dentro de la Escuela de Liderazgo Dynamis

ESCUELA DE LIDERAZGO DYNAMIS

CURSO BÍBLICO

PNEUMATOLOGÍA

Elaborado por Manuel Tenjo Cogollo[1]

OBJETIVOS

- Realizar un acercamiento a la persona del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras para establecer una relación íntima con Él y vivir en su presencia.
- Conocer lo que el Espíritu realiza en Jesucristo y en el cristiano para dejarlo actuar libremente.
- Asumir la presencia y la unción del Espíritu Santo para vivir y evangelizar con el poder de Dios transformado de seres humanos.

CONTENIDO

1. Introducción: Pneumatología en la Teología
2. ¿Quién es el Espíritu Santo?
3. Pneumatología en el Antiguo Testamento
4. ¿Qué hace el Espíritu Santo?
5. El Espíritu Santo y los sacramentos
6. Símbolos del Espíritu Santo
7. La meta del Espíritu Santo
8. Conclusiones

BIBLIOGRAFIA

- Borragan, Vicente. *Ríos de agua viva.* Ed. San Pablo, Madrid: 1988.
- Cantalamesa, R. *Renovarse en el Espíritu*. CCCMD. Bogotá: 1995.
- Cantalamessa, Rainieto. *Ven Espíritu Santo.* Paulinas, Buenos Aires: 2011.
- Carrillo, S. *El Espíritu Santo 1, 2 y 3*. CCCMD. Bogotá: 1992.
- Congar, Y. *El Espíritu Santo*. Ed. Herder. Barcelona: 1991
- Jaramillo, D. *Símbolos del Espíritu Santo*. CCCMD. Bogotá: 1992.
- Mascarenhas, F. *Llenos del Espíritu Santo y todavía hambrientos*. CCCMD. Bogotá
- Vanni, Ugo. *La plenitud en el Espíritu.* Ed. San Pablo, Bogotá: 2007.

[1] Maestría en Teología en la Pontificia Universidad Javeriana. Maestría en Bioética de la ULIA. Profesional en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Estudios en Filosofía y Ciencias Religiosas en el Seminario Valmaría de Bogotá. Profesor de Ciencias Bíblicas en UNIMINUTO. Miembro del Apostolado Proyección Dynamis. Conferencista y Misionero. Email: manueltenjo@yahoo.com

ESCUELA DE LIDERAZGO DYNAMIS

CURSO BÍBLICO

PNEUMATOLOGÍA

Elaborado por Manuel Tenjo Cogollo[2]

1. INTRODUCCIÓN. Pneumatología en la Teología

PREGUNTAS INICIALES: ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Cómo actúa el Espíritu Santo en Jesucristo? ¿Cómo actúa el Espíritu Santo en el cristiano? ¿Qué hace el Espíritu Santo en la Iglesia?

En el cuerpo humano, ¿qué es más importante: ¿el corazón, los pulmones o la vida...?
El corazón envía sangre a los pulmones que la oxigena y luego éstos la devuelven al corazón que la bombea a todo el cuerpo para que exista la vida sana. Una falla en el corazón o en los pulmones y la vida empieza a desfallecer.
En la familia, ¿quién es más importante: ¿el papá, la mamá o los hijos...?
El papá da, envía en un momento de amor a los espermatozoides, la mamá los recibe con amor, los fecunda en su interior y concibe a un hijo lleno de amor.

Dios Padre envía a su Hijo para que salve al mundo y muestre el rostro de Dios. El Amor del Padre y del Hijo se llama Espíritu Santo que da la vida de Dios a los hombres.

Aplicación: la relación en el cuerpo y las relaciones en la familia son analogías que facilitan entender algo de la relación de la Trinidad divina en sí misma y con los seres humanos. De allí que se afirme que la relación familiar y comunitaria es imagen o icona de la Trinidad.

El Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre y ese amor reciproco lo conocemos con el nombre de Espíritu Santo.

Hablar del Padre es relativamente fácil, porque Jesucristo nos lo revelo. Hablar del Hijo también es relativamente fácil porque de Él escribieron los autores del Nuevo Testamento. Sin embargo, hablar del Espíritu Santo ya no es tan fácil pues lo conocemos por su relación el Padre y con el Hijo y por sus acciones en los cristianos, pero no por su esencia.

[2] Maestría en Teología en la Pontificia Universidad Javeriana. Maestría en Bioética de la ULIA. Profesional en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Estudios en Filosofía y Ciencias Religiosas en el Seminario Valmaría de Bogotá. Profesor de Ciencias Bíblicas en UNIMINUTO. Miembro del Apostolado Proyección Dynamis. Conferencista y Misionero. Email: manueltenjo@yahoo.com

1.1. LA PNEUMATOLOGÍA ES RECIENTE[3]

En la dogmática tradicional de la Iglesia latina no hay en general un tratado del Espíritu Santo, como lo hay *De Deo Uno y De Verbo Incarnato*, sino que la persona del Espíritu se suele ubicar como un aspecto dentro del tratado de Trinidad.

Ello refleja la ubicación del tema del Espíritu Santo en los debates trinitarios de la Iglesia antigua, tendientes al *subordinacionismo* o al *modalismo*. La persona fundamental es la del Padre, que tiene unidad total de naturaleza con el Hijo (Nicea, 325); mientras que la unidad de naturaleza con el Espíritu Santo, como persona a la vez distinta, sólo fue definida más tarde en el 1er. Concilio de Constantinopla (381). Esta especie de posición "en segundo plano" del Espíritu Santo en las reflexiones trinitarias, a pesar de la afirmación dogmática de igualdad con Padre e Hijo, marcó también la postergación temática del Espíritu en la reflexión teológica y en la misma "espiritualidad" cristiana. En la época postridentina ello se debió además a la reacción frente al "libre examen" protestante, en que la apelación al Espíritu parecía constituir un subjetivismo opuesto a la objetividad institucional católica.

El contexto del Vaticano II, con su nueva acentuación bíblica y eclesiológica, permitió una renovación en la espiritualidad cristiana y en su toma de conciencia pneumatológica. No es, pues, a partir de la reflexión trinitaria, sino de la eclesiología, centrada en el Pueblo de Dios como animado por el Espíritu (d., por ejemplo, LG12; GS 11, 22, 26, 44), que la Iglesia del Vaticano II ha redescubierto poderosamente la **Pneumatología**, siendo ésta alimentada por las diversas experiencias eclesiales ("karismáticas" en sentido amplio), y, a su vez, siendo estas experiencias apoyadas por la reflexión teológica sobre el Espíritu.

Sin embargo, no puede presentarse la temática pneumatológica con el esquema que puede hacerse en otros temas más organizados como tratado.

1.2. PNEUMATOLOGÍA EN LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA[4]

En el breve apartado final del reciente documento de la CTI (Comisión Teológica Internacional) sobre la cristología, y bajo el título genérico de: «Dimensiones cristológicas que deben ser recuperadas», se alude a la consideración pneumatológica de la cristología. No dice mucho el documento; se limita conscientemente a señalar algunos textos significativos del Nuevo Testamento (NT), en los que «se abre el camino a investigaciones ulteriores y se dejan ya ver las grandes riquezas del tema». Constata, pues lo que es bien conocido para cualquier lector del NT -aunque quizá olvidado a causa de las razones que subyacen en esta reflexión de la CTI, y con las que pretende dialogar-, y parece emplear a propósito el verbo «recuperar». Porque en efecto, el aliento pneumatológico de la cristología,

---

[3] Bentué, Antonio. *La pneumatología como tema teológico.* Enlace: chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Frepositorio.uc.cl%2Fxmlui%2Fbitstream%2Fhandle%2F11534%2F16697%2F000674363.pdf%3Fsequence%3D1&clen=1519811

[4] Aranda, Antonio. *Cristología y Pneumatología.* Enlace: chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fdadun.unav.edu%2Fbitstream%2F10171%2F6150%2F1%2FANTONIO%2520ARANDA.pdf&clen=1247361

sin ser exuberante, no ha estado ausente de la teología occidental, aunque, a decir verdad, de manera paulatinamente decreciente.

Es evidente que la cristología y la Pneumatología pueden ser abordadas de modo relativamente independiente, como se observa quizá en los clásicos tratados sobre el Verbo Encarnado y Redentor, en los que las alusiones al Espíritu Santo suelen ser esporádicas, secundarias y -hasta cierto punto-incluso accidentales. Sería interesante comprobar qué ocurriría en el caso inverso, qué sucedería en un tratado pneumatológico respecto de Cristo, pero esta interrogación debe quedarse sin respuesta precisa, porque no existen propia-mente tales tratados en nuestra teología. Sí existen muchos trabajos y muy valiosos sobre el Espíritu Santo -cada vez más frecuentes-, pero no se escriben visiones de conjunto, obras sistemáticas, que pretendan abordar el tema en todas sus dimensiones. En este punto, por desgracia, hemos ido perdiendo las huellas de los Santos Padres o, quizás, su impulso teológico tan lleno de audacia como espoleado por acuciantes problemas pastorales y doctrinales.

Aunque pueda trabajarse en ambos campos con cierta independencia, y se obtengan resultados de gran valor, también vale la pena dirigir la atención por otros derroteros: buscar el modo de expresar su mutua dependencia, investigando en lo que tienen de común sin dejar de subrayar lo que tienen de propio. Y digo investigar usando el término según su pleno sentido, puesto que hoy sólo es posible presentar esbozos de trabajo sistemático, líneas de elaboración, ambiciosas en sí mismas pero cortas todavía en resultados. Conviene seguir adentrándose con prudencia en la reflexión de una cristología pneumatológica, o mejor dicho, de una cristología bien fundada en la Revelación trinitaria y en la teología que de ella deriva. En realidad, lo que presenta mayor interés teológico es pensar la cristología desde la Trinidad, subrayando también la necesaria componente cristológica y soteriológica del tratado sobre Dios Trino. Esta tarea presenta muchos aspectos importantes, *uno de los cuales* es la relación entre cristología y Pneumatología, en cuyo estudio hay que hacer numerosos apartados. En el presente estudio se aludirá a algunos de ellos, con más ánimo de incoarlos que de desarrollarlos.

a) En el contexto de las procesiones trinitarias, y de las consiguientes relaciones, puede hacerse alguna luz sobre una cuestión pneumatológica de gran tradición: *el Espíritu Santo como Espíritu del Hijo*. Es un tema previo a las reflexiones propiamente cristológicas.
b) En el contexto de las misiones temporales, cuyo fundamento cristológico son las procesiones divinas -a las que «prolongan» en el orden creado según efectos permanentes, como son la asunción de una naturaleza humana por el Verbo, y la donación del Paráclito a la Iglesia y a las almas-, puede ser considerada la actuación atestiguada por el NT del *Espíritu Santo en la Encarnación*, y la tradicional cuestión de la *Unción de Jesucristo*. Ambos temas, al expresar aspectos de la conexión de las misiones trinitarias, plantean la relación entre cristología y Pneumatología en su más profunda raíz.
c) En el mismo orden de ideas pueden ser estudiadas otras mu-chas cuestiones como *la promesa y la donación por Cristo del Espíritu Santo*. En ambos casos subyace el tema trinitario, y es preciso matizar para no incurrir en simplificaciones.
d) Otro punto de conexión que abre un extenso panorama es *la operación del Paráclito*, ya donado para siempre, *en la Iglesia y en los cristianos*. El Espíritu de Verdad nos

ayuda a penetrar en el misterio de Cristo como Palabra y Revelación de Dios. La tercera Persona, a través de la eficiencia de su misión, ilumina las inteligencias para conocer la misión redentora de la segunda, haciéndonos participar personalmente a Ella: el envío del Don divino tiende básicamente a hacer de cada hombre un cristiano, que asuma personal-mente el misterio de Cristo. El Paráclito -según la fe de la Iglesia capacita al cristiano para concebir, sin abarcarlo, el misterio de Jesús en su perfecta Humanidad y en su Divinidad, unidas sin confusión e inseparablemente en la Persona del Verbo. Por decirlo así, hace volver la mirada del creyente desde el Cristo postpascual al Cristo prepascual, para dar a conocer *in sinu Ecclesiae*[5] al único Cristo real y eternamente vivo, el mismo ayer, hoy y siempre. y en Cristo nos muestra a Dios Padre, ya que el punto final de la reflexión cristológico-pneumatológica es el misterio de la adopción filial que resume todo el contenido de la vida cristiana, lo cual es un retorno hacia Dios a través de la unión con El por el conocimiento y el amor, es decir por medio de la eficaz operación del Verbo y el Espíritu que han sido enviados[6].

1.3. VAMOS AVANZANDO

La reflexión pneumatológica está en el centro de la experiencia creyente, puesto que constituye el acto reflejo de esa misma experiencia. Dios es Espíritu. y la fe es una experiencia espiritual, por la cual nuestro propio espíritu entra en sintonía, por connaturalidad recibida gratuitamente, con el Espíritu de Dios.

Es gracias a esa connaturalidad que penetramos en la realidad trinitaria, cuya esencia, el Amor gratuito, es personalizada en el Espíritu Santo. Asimismo, el Espíritu presente en nosotros como don, nos permite entrar en connaturalidad con el Espíritu que inspiró a Israel y, sobre todo, nos da sintonía profunda con el Espíritu mesiánico y filial poseído en plenitud por Jesús.

En la medida que la Iglesia se deje penetrar por ese Espíritu y viva de Él, el Reino de Dios se hará patente en el mundo, puesto que la venida del Reino se identifica con la irrupción del Espíritu de Dios, que llena la faz de la tierra, rompiendo toda marginación provocada por el pecado egocéntrico del hombre.

---

[5] Es *in sinu Ecclesiae* donde se establece la iluminación del misterio de Cristo por obra del Espíritu Santo, y no al margen de la Iglesia. Es decir, el único Cristo real -iniciativa divina acabada-es el que se nos muestra en la Sagrada Escritura leída por la Tradición y confirmada en la confesión de fe de la Iglesia. Fuera de ese ámbito se pierde la capacidad de comprender, porque se pierde al Espíritu Santo. y no basta con volver a la Escritura para recuperar lo perdido: en la sola Escritura no está la clave hermenéutica, mientras se deje al margen la formulación de fe hecha por la Iglesia con ayuda del Paráclito. (Cfr. A. ARANDA, El Verbo Encarnado principio normativo de la indigenización, Scripta Theologica X (1978) 929-964.

[6] Ese retorno, que consiste en la participación por parte de las criaturas de la gloria íntima de Dios, en una unión progresiva que va desde la primera infusión de la gracia hasta la visión beatífica, es un tema tradicional de la teología patrística y medieval, ligeramente olvidado y que debe recuperarse. Alude a él en diversos momentos una obra importante de G. PHILIPS (L'union personelle avec le Dieu vivant, Gembloux 1974), que, entre tantas otras, me complazco en citar.

2. ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

2.1. LA PERSONA DEL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

a) El Espíritu Santo es <u>persona</u> divina

- No es tan desconocido
- Es conocible como persona que es
- Es el poder de Dios, pero mucho más
- Es persona que nos atrae, nos toma, nos conduce
- Entra en diálogo e intimidad con el creyente

b) Características de la personalidad del Espíritu Santo

- Tiene intelecto: 1 Cor 2,10-11; Rm 8,26-27; Jn 14,26;15,26
- Tiene voluntad: 1 Cor 12,11; Hch 20,28
- Tiene emociones: Rm 15,30; Ef 4,30-32
- Puede hablar: Gal 4,6; Hch 13,2; 1 Tim 4,1
- Se le puede agraviar: Heb 10,29
- Se le puede mentir: Hch 5,3-10
- Se puede blasfemar contra Él: Mt 12,31-32; Mc 3,29
- Se le puede resistir: Hch 7,51
- Se le puede apagar: 1 Tes 5,19

c) Es posible ser su amigo

- Implica buscarlo
- Debemos rendirnos
- Tener largas horas de intimidad con Él
- Desear compartir todo con el Espíritu Santo
- Enamorarse del Espíritu Santo como el amigo que es

Conclusión: El Espíritu Santo como persona divina que es, nos ofrece su amistad con todo lo que ello implica, está en nosotros buscarlo y obedecerlo. Si no te relacionan íntimamente con el Espíritu de Amor, ¡tú te lo pierdes!!!

2.2. ENCUENTRO PERSONAL CON EL ESPÍRITU SANTO[7]

El Espíritu de Dios es la persona más maravillosa que existe y con quien podemos tener un trato íntimo, directo y espectacular. En nuestra profesión de fe decimos: “creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria...”

[7] Revista Fuego. Julio de 2002. Pág. 48. Bogotá D.C.

Así que podemos decir que el Espíritu de Amor es persona y con quien podemos tener una amistad superando todas nuestras expectativas y conduciéndonos a experiencias maravillosas: *"cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios"* (1 Cor 2,9-10).

El Espíritu que da vida es persona divina y por lo mismo puede ser conocida, no solo por lo que hace sino por lo que Él es: por su personalidad. Veamos algunos aspectos que nos ayuden a acercarnos al Espíritu de Dios.

a) Personalidad del Espíritu Santo

El Espíritu divino tiene intelecto porque conoce las profundidades de Dios y conoce quien es Dios en su esencia (1 Cor 2,10-11; Rm 8,26-27). De lo que podemos concluir que tiene voluntad porque distribuye los carismas según su voluntad como lo dice la Escritura en 1 Cor 12,11. Al Espíritu se le puede entristecer (Ef 4, 30-32), de manera que Él tiene emociones. Lo señalado anteriormente no se queda en el interior del Amor que ha sido derramado en nuestros corazones, sino que lo manifiesta porque puede hablar (Gal 4,6; Hch 13,2) para que conozcamos su voluntad.

De manera que como el Espíritu prometido es persona divina se le puede *"hacer daño"* y el Nuevo Testamento nos coloca algunos ejemplos, a saber: se le puede mentir como dice Pedro en Hch 5,3-10; se le puede resistir como dice Esteban en Hch 7,51; Pablo dice que el Espíritu se le puede apagar como si fuera un fuego (1 Tes 5,19). Jesús nos enseñó que no debemos blasfemar o hablar mal del Espíritu Santo (Mt 12,31-32) y la cata a los Hebreos nos señala que aquel que profana la sangre de Cristo está ultrajando y agraviando (Heb 10, 26-31).

Como podemos observar, el Espíritu es persona con una personalidad que nos permite saber quién es Él y nos brinda confianza para establecer una relación íntima y profunda con el ser más espectacular que existe.

b) Amistad con el Espíritu amoroso

El Amor del Padre y del Hijo nos ofrece su amistad con todo lo que ello implica y con todos los regalos que nos quiere donar. Sin embargo, es necesario buscarlo con amor, rendir nuestros pensamientos, sentimientos y razonamientos para que el Espíritu vaya tomando posesión de nosotros, para lograrlo debemos pasar mucho tiempo hablando con Él, los amigos comparten momentos de intimidad para conocerse y para descubrirse el uno ante el otro.

La invitación que realizamos a todos los seres humanos es que vivan un encuentro amoroso con el Espíritu Santo para que vivan las maravillas de su presencia y su poder que transforman y conducen por senderos de felicidad, libertad y amor más allá de cualquier expectativa.

2.3. DIOS ES TRINIDAD[8]

Al comienzo de nuestra reflexión sobre el Espíritu Santo, hemos de recordar, ante todo, que el Dios revelado por Jesucristo, el único verdadero, es esencial y absolutamente diferente del Dios de cualquier otra religión. Los cristianos somos bautizados *«en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»* (Mt 28,19). Creemos en un Dios que es misterio de Amor porque es comunión de vida de tres personas: el PADRE que, desde toda la eternidad, engendra al Hijo y se da totalmente a él; el HIJO que recibe todo su ser del Padre, es su imagen y se entrega totalmente a aquél de quien recibe el ser; el ESPÍRITU SANTO que procede de la donación mutua de ambos y es su amor personificado, el beso que se intercambian. Creemos, pues, en un Dios único, pero no solitario; en un solo Dios, pero cuya vida íntima es tan rica que está constituida por tres personas realmente distintas entre sí.

Y esto que es Dios por dentro, se refleja en todo lo que hace hacia fuera. Toda obra de Dios es a la vez obra común de las tres Personas y específica de cada una de ellas. Y así el Padre es el que tiene siempre la iniciativa. El Hijo consiente, es decir, quiere junto al Padre ser aquél en el cual y por el cual se realiza el proyecto del Padre. Y el Espíritu Santo es el que nos libera de los límites de la finitud y nos hace capaces de Dios. Todo, pues, tiene su origen en el Padre, cuya intención es comunicarnos su vida; el Hijo se ofrece para realizar ese proyecto; y el Espíritu, por su parte, hace que la obra del Hijo se haga experiencia e historia.

San Atanasio de Alejandría explica esta acción triple a través de dos metáforas bellísimas. Si comparamos a Dios con la luz, el Padre sería el foco que la produce, el Hijo el resplandor que procede de él y el Espíritu Santo el que nos da ojos para verla. Y si lo comparamos con el agua, el Padre sería el manantial, el Hijo el río que nos la trae hasta nosotros y el Espíritu Santo quien despierta nuestra sed y nos hace capaces de beberla.

Si Dios actúa así, nuestra relación con él tendrá una dinámica inversa: en el Espíritu, que habita en nosotros y nos transforma, a través del Hijo, realizador del proyecto divino, llegamos al Padre, fuente y origen de toda realidad.

Este misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de nuestra fe, porque es la fuente de todos los demás y la luz que los ilumina. Y, por lo mismo, es el secreto y la explicación última de nuestra vida. Porque hemos sido creados por la Trinidad, estamos hechos a su imagen y tenemos como destino participar de su propia vida. Y este misterio nos descubre que la clave de todo es el amor: es lo que une a las tres divinas personas; a Dios con los hombres; a los hombres entre sí y con Dios. El amor es la esencia de la realidad.

[8] Miguel Payá Andrés, *UNGIDOS POR EL ESPÍRITU*

3. PNEUMATOLOGÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento prevalecen tres líneas de fuerza sobre el Espíritu: la dimensión creadora, la profética y la sapiencial.[9]

3.1. ESPÍRITU CREADOR

El Espíritu aparece como Creador, como la tradición eclesial ha conservado en su himno Veni Creator Spiritus, que la Iglesia entona en los momentos más importantes de su vida: Concilios y sínodos, ordenaciones sacerdotales y episcopales, encuentros pastorales... Este apelativo tematiza la experiencia de todas las religiones y culturas con respecto a Dios: Dios es el creador de la naturaleza, aunque en Israel esta experiencia haya sido posterior a la vivencia del Éxodo y no se plasma hasta en tiempo del exilio, precisamente en contacto con otras culturas y religiones.

Gn 1, sacerdotal y postexílico, presenta al Dios creador con tres atributos fundamentales: el iniciador de la creación, el ordenador o arquitecto del cosmos y el vivificador del universo.

Estos tres atributos de Dios no son caracteres de Dios, sino su personalidad espiritual***, la ruah*** que aleteaba sobre el caos primitivo y que volveremos a hallar después del diluvio (Gn 8,6-12), en el bautismo de Jesús (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22) y en su muerte en cruz (Jn 18,30). El Espíritu es a la vez el iniciador del universo, el soplo que da vida, la sostiene, fecunda, mantiene y ordena. El orden del mundo de Génesis es la firma del Dios bíblico, de su ruah, en oposición al caos; es la manera propia de iniciar, sostener y vivificar lo creado.

La ruah surge de Dios, pero está en Dios. La bendición de Dios es signo de fertilidad, el poder de Dios es inagotable. Muchos autores actuales han querido ver en esta dimensión generadora, vivificadora y fertilizante una dimensión materna de Dios, su lado femenino, estrechamente ligado al Espíritu.

Aunque, evidentemente, es un antropomorfismo el pretender adjudicar un género a Dios, es innegable que aquí se esconde un acento que no se puede despreciar y que algunas Iglesias orientales, como la Siríaca, más adelante desarrollarán.

Mientras Congar se muestra un tanto cauto ante este intento de acercamiento de la ruah a la dimensión femenina, otros autores, como Durrwell, designan al Espíritu como el seno de Dios en donde nace el Hijo eterno.[10]

Hay además en Gn 1 una acción peculiar de Dios en la creación del hombre y de la mujer en el sexto día. Existe una especie de diálogo interior de la divinidad, un *"hagamos"* (Gn 1,26) que para algunos Padres de la Iglesia manifiesta un diálogo trinitario. El Espíritu es el lugar del diálogo divino y del diálogo entre Dios y la humanidad.

---

[9] V. Codina. (2008). *No extingáis el Espíritu. Una iniciación a la Pneumatología.* Sal Terrae, Santander.
[10] E-X. DURRRWELL, *El Espíritu del Padre y del Hijo*, Madrid 1990, 72.

En Gn 2, de tradición yahvista y más antiguo que Gn 1, el rostro de Dios es presentado de forma mucho más antropomórfica, ya que Dios aparece, más que como ordenador, como creador, artista y poeta que sopla sobre el ser humano, formado con polvo del suelo, e insufla en su nariz un soplo de vida para que se convierta en ser viviente (Gn 2,7). Este hálito de vida hace referencia al Espíritu creador. Luego completa su creación con la creación de su compañera (Gn 2,21-23) y deja al hombre la responsabilidad de cultivar y ordenar la tierra. La función creadora de Dios aparece como el permitir una nueva acción progresiva, en un diálogo entre Creador y criatura, con una mutua corresponsabilidad en un proyecto inacabado de la creación, corresponsabilidad que se da también entre las mismas criaturas, entre el varón y la mujer (Gn 2,20-25).

La teología ecológica ve en este Espíritu creador una fuente constante de inspiración y de luz. El desastre ecológico actual es lo más contrario al Espíritu creador: es generar muerte en vez de vida, es una vuelta al caos primordial (Gn 1,2). La responsabilidad de la pareja humana sobre el universo es siempre algo relativo a la vida, nunca a la apropiación y al consumo indebido de la naturaleza. El desastre ecológico es antipneumático, es realmente satánico. Más tarde volveremos sobre este tema.

Este Espíritu creador aparece también en otros lugares del Antiguo Testamento, como en la visión de Ezequiel de un campo lleno de huesos secos, en la que se invoca al Espíritu y reviven los muertos (Ez 37,1-14). A este Espíritu creador le cantan los salmos como fuente de vida y de aliento que renueva la faz de la tierra (Sal 33,6; 104,30) y sin cuyo aliento todo vuelve al polvo de la tierra (Sal 104,29).

Esta creación culminará en la nueva creación de la Pascua de Jesús: el Espíritu de la creación se derramará sobre los apóstoles en el atardecer del día de Pascua (Jn 20,22), luego sobre la primera comunidad de Jerusalén (Hch 2) y sobre toda carne, anticipando así la nueva tierra y el nuevo cielo escatológico (Ap 21,1).

3.2. ESPÍRITU PROFÉTICO

El Espíritu creador sigue permanentemente presente en la historia humana, y muy concretamente en la historia de Israel, con un compromiso de Yahvé para con su pueblo, cuyo prototipo es la gesta liberadora del Éxodo.

Este Espíritu actúa a través de personajes elegidos por Dios, como son los ancianos de Israel en el desierto (Nm 11,17-29; 24,2), los jueces (Jc 3,10; 6,34; 11,29), los reyes (1 Sm 11,6); pero, sobre todo, irrumpe de un modo peculiar en los profetas y profetisas, para que hablen en nombre de Yahvé. Los profetas y profetisas son portavoces autorizados de Dios que recuerdan al pueblo las promesas divinas y le llaman a convertirse al proyecto de Dios. A veces anuncian desgracias para el pueblo (Is 6,11; Jr 2-3), a veces su resurrección (Ez 37,1-14); en cualquier caso, Yahvé nunca abandona a su pueblo (Jr 1,18), siempre le llama a la conversión (Jr 4,1s; Sal 51,13) y le promete que le infundirá su Espíritu para que tengan un corazón nuevo, de carne, no de piedra (Ez 36,24-29; Is 44,3).

No pretendemos ahora profundizar sobre el profetismo, sino simplemente indicar su relación con el Espíritu.[11]
Esta acción del Espíritu en los profetas comienza con una experiencia espiritual que constituye la raíz de la vocación profética y que acompañará al profeta a lo largo de su existencia y le dará fuerza para anunciar, denunciar y transformar la realidad. Su palabra goza de la eficacia propia del Espíritu. A veces el profeta se resiste a su misión y desea escapar, pero la fuerza del Espíritu lo seduce y retiene (Jr 20,7-9). La misión del profeta es ingrata y a menudo suscita contradicciones, y muchos desearían silenciar su voz y escuchar las voces más halagadoras de los profetas cortesanos, falsos profetas que anuncian lo que agrada al rey. Pero el verdadero profeta es fiel a su misión hasta el final.

Los profetas anuncian los tiempos mesiánicos en los que el Mesías estará lleno del Espíritu y practicará el derecho y la justicia con los pobres (Is 11,1-9). El texto de Is 11,1-3 ha servido de base para el desarrollo teológico y espiritual de los siete dones del Espíritu: sabiduría para amar a Dios de todo corazón; inteligencia para acercarse al misterio de Dios; consejo para ver el camino a seguir; fortaleza para emprender grandes obras sin miedo; ciencia para conocer a Dios y todas las cosas en relación con él; temor de Dios, que es el respeto en relación a Dios y es principio de toda sabiduría (Pr 1,7), al que se añade la piedad, que es afecto filial hacia nuestros padres[12]. Más adelante nos preguntaremos por qué la espiritualidad y la teología no han seguido comentando los siguientes versículos (Is 11,4-9) donde aparece el tema del derecho y la justicia para con los pobres, los débiles y los humildes, cuyo fruto es la armonía y la paz cósmica, descrita en registro paradisíaco (Is 11,6-9), y la creación reconciliada.

El segundo Isaías presenta al misterioso Siervo de Yahvé que predica la verdadera fe, expía con su muerte los pecados de su pueblo y es glorificado (42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). En el primer cántico de este Siervo de Yahvé aparece la misión del siervo suscitada por el Espíritu, que consiste en no partir la caña quebrada ni apagar la mecha mortecina, implantar la justicia, abrir los ojos a los ciegos y sacar de la cárcel a los que viven en tinieblas.

En el tercer Isaías encontramos al Espíritu que unge al profeta para que anuncie la liberación, la justicia y la paz a los que retoman desanimados del exilio (Is 61,1-3). Esto se cumplirá en Jesús cuando, en la sinagoga de Nazaret, lea este texto del profeta Isaías (Lc 4,18s).

Finalmente, se anuncia que en los últimos días el Espíritu se derramará sobre toda la humanidad (Joel 3,1-3; cf. Hch 2,16-18).

De este modo el Espíritu aparece ligado a la renovación de la vida del pueblo: es Él el que posibilita una vida nueva, dándole un corazón nuevo y moviéndole a practicar el derecho y la justicia con los

[11] Pueden verse sobre este punto el libro clásico de A. HESCHEL, Los profetas (tres vols.), Buenos Aires 1973, y el más reciente de L. ALONSO SCHÖKEL y J.L. SICRE, *Profetas*, Madrid. 1980.
[12] Los LXX y la Vulgata añaden la piedad por desdoblamiento del temor de Dios.

pobres y restablecer la armonía en la creación.

No es casual que el credo niceno-constantinopolitano, al profesar su fe en el Espíritu, añada que *"habló por los profetas".* Este profetismo culminará en Jesús de Nazaret, cuya misión es descrita por Lucas como movida por el Espíritu.

3.3. ESPÍRITU SABIO

La experiencia profética ha ido purificándose a través de la historia, particularmente con los fracasos y desilusiones. Elías puede ser el símbolo de este fracaso en su intento de huida al Horeb para morir (1 Re 19,1-5). Pero Dios se le manifiesta nuevamente en el susurro discreto de una brisa suave (1 Re 19,12). Poco a poco se introduce la teología del pequeño resto, pueblo humilde y profético, *anawim*, pobres de Yahvé, y desemboca en una religión del corazón, llena de sabiduría. Es la interioridad sapiencial del Espíritu, huésped interior del corazón humano y de toda criatura.

Los libros sapienciales (Job, Proverbios, Eclesiastés o Qohelet, Eclesiástico o Sirácida, y Sabiduría) muestran una estrecha relación entre Sabiduría y Espíritu, ya que ambas realidades actúan de forma espiritual, ejercen un papel cósmico universal, suscitan profetas, guían no sólo al pueblo elegido, sino a la humanidad, son un maestro interior que ilumina el corazón (cf. Sb 1,6; Pr 8,22; Job 32,8 y, sobre todo, Sb 7,22-8,1). La sabiduría representa una cierta personificación femenina del Espíritu (Sb 8-9)[13]. Para comprender la dificultad de esta personificación hay que tener en cuenta el estricto monoteísmo del mundo judío.

Por eso no es extraño que tanto los Padres de la Iglesia (Basilio, Gregorio Nacianceno...) como la liturgia de Pentecostés asocien la sabiduría al Espíritu. Ambos son sutiles, trascienden lo material, son puros, penetrantes, inteligentes, infinitos, gozan de un saber y un poder ilimitados, son próvidos en bienes...

3.4. CONCLUSIÓN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Hay una larga maduración entre el Espíritu que planea sobre las aguas, la acción vivificante del Espíritu en la historia, la penetración interior y renovación de toda la creación. Este proceso de maduración y de personalización se explicitará y profundizará en el Nuevo Testamento, ya que el Antiguo Testamento es tan sólo una anticipación de la revelación plena en Cristo, que culmina en la revelación de la Trinidad.

Pero ya aparecen los rasgos del Espíritu que se confirmarán luego. Para el Antiguo Testamento la ruah es la acción y presencia permanente de Dios en la creación y en la historia, que crea, libera y penetra los corazones. Es fuerza vital por la cual Yahvé conduce a su pueblo, suscitando héroes, jueces reyes, guías, profetas, sabios...; es unción sobre el elegido para que practique la justicia; renovación del corazón y penetración con su sabiduría en el interior del corazón humano. Es una fuerza misteriosa que desde dentro y de forma sutil todo lo penetra e ilumina, lo purifica y santifica, lo vivifica y le da consistencia definitiva.

[13] La teología feminista desarrolla ampliamente esta dimensión femenina de la Sabiduría, Véase, por ejemplo, Elisabeth SCHÜSSLER FIORENZA, *Los caminos de la Sabiduría*, Sal Terrae, Santander 2004.

Lo creador, lo profético y lo sapiencial se complementan y compenetran misteriosamente, son inseparables. Como veremos luego, estas dimensiones no siempre se han mantenido unidas en la tradición espiritual y teológica de la Iglesia. Tampoco el himno clásico *Veni Creator Spiritus*, a pesar de su profundidad, incluye y sintetiza bien toda la riqueza de estas dimensiones veterotestamentarias:

Ven, Espíritu Creador,
Visita nuestras almas
y, pues Tú las creaste,
llénalas de tus gracias.

Don de Dios, Altísimo,
Consolador te llaman:
fuego, amor, viva fuente,
suave unción del alma.

Tú, dedo del Padre,
siete dones regalas:
Tú, de Dios fiel promesa,
inspiras las palabras.
Tú alumbra nuestra mente:
Tú nuestro amor inflama;
y con tu fuerza,
anima nuestra carne flaca.

Ahuyenta al enemigo,
infúndenos tu calma,
dirige nuestros pasos
y nuestro mal aparta.

Enséñanos,
al Padre y al Hijo decláranos,
y en Ti, de ambos Espíritu,
Tenga fe nuestra alma.
Gloria al Padre y al Hijo,
que de la muerte se alza,
con el Divino Espíritu
que siempre reina y manda. Amén.

4. ¿QUÉ HACE EL ESPÍRITU SANTO?

El Espíritu Santo es Amor y por tanto es acción. La parte dinámica, activa y actuante de Dios recibe el nombre de Espíritu Santo. Por tal motivo señalaremos algunas de las acciones del Espíritu maravilloso de Dios.

4.1. EN LA VIDA Y EL MINISTERIO DE JESUCRISTO

4.1.1. JESÚS MOVIDO POR EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

a) La infancia de Jesús

- Lc 1, 35: El poder del Altísimo vendrá sobre ti...
- Encarna a Jesús en las entrañas de María...
- Lc 2, 9-10: El nacimiento de Jesús fue la manifestación de la Gloria de Dios
- Lc 2, 27-35: El Espíritu mueve a los hombres para anunciar el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento.
- Lc 2,40.52: Jesús crecía en la gracia de Dios...

b) El ministerio público

- Lc 3,22: Jesús recibe el Espíritu en forma como de paloma
- Lc 4,1: Jesús **lleno** del Espíritu fue **conducido** al desierto... Jesús está plenificado por el Espíritu y lo conduce al desierto donde es tentado por el Diablo. Supera las tentaciones porque tiene el Espíritu poderoso de Dios.
- Lc 4,14-15: Jesús es movido por la **fuerza** del Espíritu Santo
- Lc 4, 18-22: Jesús proclama que está ungido por el Espíritu de Dios
- Lc 4,36: todos se asombran del poder de Dios.
- Lc 5,17: Jesús hace las curaciones por el Poder de Dios...
- Lc 6,19: *"Toda la muchedumbre buscaba tocarle porque salía de Él una **fuerza** que sanaba…"*
- Lc 10,21: Jesús ora por el Espíritu Santo...
- Mt 10,1: Jesús comparte su poder con los discípulos...
- Jn 3,3.5-8; 7,37-39; 14,16-17.24: Habla del Espíritu Santo...
- Jn 19,30: Jesús entrega el Espíritu en la cruz...

c) La resurrección

- Rm 8,11: El Espíritu resucitó a Jesús de entre los muertos...
- Jn 20,22: Sopla sobre los discípulos para que reciban el Espíritu Santo...
- Hch 2,32-33: Recibimos el Espíritu para vivir al Resucitado

d) Comentarios personales sobre el tema anterior:

- La vida de Jesús se encuentra impregnada y rebosante del Espíritu Santo
- Siempre estuvo ungido y guiado por el Espíritu poderoso de Dios

4.1.2. PROMETE AL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

a) Jesús anuncia la Promesa del Padre

- Hch 1, 5: Serán bautizados en el Espíritu
- Hch 1, 8: recibirán la fuerza del Espíritu
- Jn 14,16-17: recibirán el Espíritu Santo...
- Jn 16, 7: Vendrá a ustedes el para ustedes
- Jesús sabe que solos no podemos vivir, necesitamos la protección de Dios y el poder para seguir la misión de anunciar el Reinado de Dios en la vida de los hombres.

b) La Promesa es para ti

- Lc 11,13: el Padre dará el Espíritu a quien le pida
- Hch 2,38 - 39: esta Promesa es para ustedes
- Gal 3,14: recibamos el Espíritu de la promesa
- Todos podemos vivir en el Espíritu Santo.
- No es exclusivo para algunos sino es un regalo para toda la humanidad

c) Disposiciones para recibir y vivir la promesa

- Lc 12,31: buscar el Reino de Dios
- Jn 7,37: tener sed
- Lc 24,49: Quedarse en Jerusalén
- Hch 2,38a: convertirse
- Hch 19,2-6: abrasar la fe
- En otras palabras, necesitamos abrirnos al Amor maravilloso de Dios.
- Abrirse al Poder de Dios implica doblegar y rendir nuestra voluntad para que Dios sea todo en todos.

d) Conclusión y oración

- Dios nos da su Espíritu porque nos ama. Dios siempre cumple sus promesas
- Debemos prepararnos para vivir convenientemente, para vivir en el Espíritu
- Comentarios personales sobre el tema anterior

4.1.3. CUMPLE LA PROMESA (esquema de predicación)

a) El cumplimiento de la promesa

- Hch 2,4: Fueron llenos del Espíritu Santo
- Hch 10, 44-46: El Espíritu Santo vino sobre todos....
- Gal 4,6: Dios mando el Espíritu a nuestros corazones
- El Poder del Altísimo se derrama sobre todo aquel que quiere ser consciente del Amor de Dios.
- El Espíritu Santo viene para unirnos en comunión con Dios y llenarnos de su Poder.

b) Para qué recibimos el Espíritu Santo

- Jn 14, 16: Para estar siempre con nosotros....
- Jn 14, 26: para enseñarnos y recordarnos....
- Jn 16, 13-14: guiará, honrará y dará a conocer....
- Hch 1,8: para dar testimonio...
- Rm 8,26-27: nos fortalece ... intercede por nosotros
- 1 Cor 12,13: para formar un solo cuerpo...
- El Espíritu Santo no es un lujo para mostrar, es el Poder de Dios para dar testimonio de su realidad con palabras y hechos visibles.
- Vivir en el Espíritu Santo es vivir en actividad constante, el Amor no es pasivo sino activo que lleva a vivir en el dinamismo de Dios creador.

c) Conclusión y oración

- Reclamar la promesa del Espíritu Santo
- Dejar que el Espíritu de Dios obre sobre nosotros.
- Dejarnos sorprender por Dios
- Permitir que el Espíritu nos guíe por senderos insospechados

4.2. EN LA VIDA Y EL MINISTERIO DEL CRISTIANO

4.2.1. UNE EN COMUNIÓN CON DIOS (esquema de predicación)

a) Comunión con Dios

- 2 Cor 13,14: Deseo de vivir en comunión con Dios
- La palabra COMUNIÓN tiene 7 sentidos diversos y complementarios entre ellos:
  + Presencia
  + Compañerismo
  + Compartir mutuamente
  + Participación mutua
  + Intimidad
  + Amistad
  + Camaradería (comandante)
- Esos sentidos son opuestos al egoísmo y afines a la relación que deseamos tener con el Espíritu de Dios

b) Bendiciones que trae vivir en comunión con el Espíritu

- Sin duda alguna las bendiciones de vivir en comunión – intimidad con el Espíritu de Amor son muchas, sin embargo, vamos a mirar y analizar un texto bíblico que nos ilustra lo que deseamos: 1 Cor 2, 9-16.
- El Espíritu nos revela las cosas más profundas de Dios... v.v. 9-10a
- El Espíritu conoce las profundidades de Dios... v.v. 10b-11

- Recibimos es Espíritu de Dios... v. 12a
- Conocemos las gracias que Dios nos da... v. 12b
- Hablamos de realidades espirituales con términos espirituales... v.13
- El espiritual juzga espiritualmente y nadie puede juzgarlo... v.v. 14-15
- El Espíritu hace que tengamos “la mente de Cristo” ... v.16
- Como podemos observar el Espíritu Santo comunica el cielo en el corazón del cristiano, pues al elevarnos a dimensiones espirituales es como si viviéramos el anticipo de la plenitud eterna con Dios.
- Vivir en comunión – intimidad con el Espíritu hace que gocemos de bendiciones insospechadas.

c) Desear vivir la intimidad con el Espíritu

- El Espíritu Santo es una persona muy amable que desea ser amigo del cristiano para darle a conocer las realidades más intimas y profundas de Dios.
- El cristiano necesita desear ardientemente esa comunión, invitar al espíritu Santo a su vida todos los días y en todo momento.
- La Iglesia debe insistir junto con el Espíritu para decir: ¡VEN! Como bien lo señala Ap 22,17, el Espíritu y la Iglesia viven en comunión para clamar la presencia de Jesucristo.

4.2.2. EL ESPÍRITU FORMA A JESÚS EN EL CRISTIANO (esquema de predicación)

a) Espíritu formador

- Lc 1,35: forma a Jesús en las entrañas de María
- 1 Cor 12,13: forma el cuerpo de Cristo que es la Iglesia
- Gal 4,19: forma a Jesús en el corazón del cristiano
- El Espíritu Santo quiere formar a Jesús en el cristiano para volverlo imagen y semejanza de Jesucristo, es decir, que cada día nos parezcamos más al Hijo de Dios para que nosotros vivamos en esa dignidad de hijos: 2 Cor 3,18.

b) Somos santuario del Espíritu: 1 Cor 6,19-20

- Dios vive en nosotros y realiza su actuar en nosotros
- Hasta hacernos imagen de Cristo
- El Espíritu Santo debe esculpir en nosotros el rostro de Cristo

c) ¿Para qué forma a Jesús en nosotros?

- Ef 4,12-16:

- servicio para hacer crecer el Cuerpo de Cristo
- unirnos en la fe y el conocimiento de Cristo
- madurez y desarrollo de Cristo
- hablamos la verdad del Espíritu de Amor
- Contribuir con el Amor al buen funcionamiento de cada parte y de todo el Cuerpo

d) Conclusiones

- Gal 5,25: dejemos que el Espíritu nos guíe.
- El Espíritu Paráclito sabe guiarnos a vivir en comunión con Jesucristo y asumir una vida de santidad donde se transparenta la relación con el Padre misericordioso.
- Debemos doblegar la voluntad para que el Espíritu tome control de la vida y nos haga vivir de acuerdo a la voluntad de Dios.

4.2.3. DA TESTIMONIO DE JESUCRISTO (esquema de predicación)

El Espíritu Santo es testigo del Padre y del Hijo (con características propias del testigo) y al mismo tiempo, hace que el cristiano se vuelva testigo de Dios donde se encuentre, con las consecuencias propias de ser mártir (testigo = mártir).

a) Características del testigo: 1 Jn 1,1-4

- Habla de lo que ha visto, oído y tocado
- Para vivir en comunión con Dios
- Para que el gozo sea completo

b) El Espíritu Santo es Testigo del Padre y del Hijo

- Nos comunica lo que conoce del Padre: 1 Cor 2, 9-11
- Da testimonio de Jesucristo: Jn 15,26
- Da testimonio de que somos hijos de Dios: Rm 8,16

c) Hace que demos testimonio de Jesucristo

- Jn 15,13-14: señala varios elementos del testimonio:
  + Guía a la verdad completa
  + Hablará lo que oiga
  + Anunciará lo que ha de venir
  + Dará gloria de Jesucristo
  + Recibirá de Jesucristo para
  + anunciarlo a los cristianos
- Hch 1, 8: El cristiano recibe poder para dar testimonio de Jesucristo hasta los confines de la tierra.

d) Testigos en medio de los problemas

- Mt 10, 19-20: El Espíritu hablará por los cristianos en medio de los tribunales
- Hch 3,23-31: El Espíritu da valentía para anunciar a Jesucristo en medio de las persecuciones
- Hch 6,8: Esteban realiza grandes señales por el poder del Espíritu Santo
- Hch 6,15: Esteban es transfigurado por el Espíritu de Dios
- Hch 7,51-57: Esteban termina una predicación con el Poder de Dios, pero como su auditorio se tapa los oídos y grita para no escuchar el mensaje

e) Conclusiones

- Solamente con el Espíritu de Amor podemos dar testimonio verdadero y auténtico de Jesucristo.
- El Espíritu nos pide apertura a su acción en nosotros, “estar conducidos por el Espíritu” (Gal 5,18).
- Debemos vivir en intimidad con el Espíritu para que el venza nuestro temor para hablar con valentía.

4.2.4. ORA EN NOSOTROS *(esquema de predicación)*

Cuando te llenas del Espíritu de Dios continuamente, tu vida de oración se enriquece y te lleva a dimensiones insospechadas[14].

a) Orar en Espíritu y en Verdad... Jn 4,21-24

- El lugar de encuentro con Dios es el ser humano
- A Dios se le adora en el Espíritu y unido a Jesucristo
- Dirigirnos a Dios abiertamente y sin temor

b) El Espíritu intercede por nosotros... Rm 8, 26-27

- El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza
- No sabemos pedir para orar como conviene
- El Espíritu intercede por nosotros con sonidos inefables
- Conoce el interior y pide según la voluntad de Dios

c) Orar en el Espíritu... Ef 6,18-20

- Siempre en oración y súplica
- Orando en toda ocasión en el Espíritu
- Velando juntos con perseverancia
- Intercediendo por todos los santos
- Para que la misión no se detenga

d) Una manera de orar en el Espíritu es la oración en Lenguas

- 1 Cor 14,2: El que ora en lenguas habla a Dios
- 1 Cor 14, 14-15: Orar en lenguas y orar con la mente

e) Conclusiones

- El Espíritu es quien nos dirige en la oración para llenarnos más de Él y tener relación de intimidad con su persona.
- Debemos decirle al Espíritu maravilloso: “ayúdame a orar...”
- Debemos dejar que el Espíritu dirija nuestra oración para penetrar en los profundos misterios de Dios y del hombre.

---

[14] Puede leerse una orientación realizada por el P. Diego Jaramillo en la Revista Fuego. Agosto de 2002. Pág 8. Bogotá

- El mismo Espíritu nos dirige por distintas clases de oración, según nuestras propias necesidades.
- El Espíritu de Dios hace todo en nosotros para que vivamos ocupados en Él.

4.2.5. VIVIR EN EL ESPÍRITU SANTO

Con todo lo que ha sido señalado anteriormente, llega el momento de reflexionar y orar sobre lo que significa vivir en el Espíritu de Dios. A continuación, presentamos algunos ejemplos.

a) El Espíritu Santo en el cristiano Rm 8,1-26

Estos son algunos ejemplos de lo que aparece en el texto citado anteriormente. Pueden verse otros elementos que no aparecen en la siguiente lista:

- Rm 7,6: nos hace libres para servir
- Rm 8,2: Nos libera del pecado y de la muerte
- Rm 8,4: Nos da una nueva naturaleza
- Rm 8,6: Nos lleva a la vida y a la paz
- Rm 8,14-15: Nos guía y nos hace hijos de Dios
- Rm 8,16: Nos ayuda a dar testimonio
- Rm 8,26: Nos ayuda a orar

b) Compromiso de vivir en el Espíritu, Gal 5,25

- Ef 4,2-6: Vivir en humildad, amabilidad, paciencia, tolerancia, amor, unión y paz
- Rm 12,1-2: Vivir como ofrenda de amor a Dios y a los demás es el verdadero culto en el Espíritu
- 1 Cor 13,4-7: Vivir en el espíritu es vivir en el amor
- El Espíritu de Dios quiere realizar grandes cosas en el cristiano para que viva como salvado por Jesucristo.

c) Conclusiones

- Gal 5,16: vivían según el Espíritu
- El Espíritu quiere realizar grandes obrar en el ser humano y conducirnos a vivir como verdaderos hijos de Dios. Por tanto, es necesario dejarse guiar por el Espíritu, que lleve al cristiano a donde Él quiere, estamos seguros que va a ser una experiencia maravillosa.
- Implica que el cristiano tenga una actitud de apertura y de sorpresa ante lo que Dios está realizando constantemente.
- El Espíritu guía para cumplir la misión: ser libre y feliz para contagiar e impregnar la vida de salvación a todos los hermanos de Jesucristo.

4.2.6. LOS DOS CAMINOS DEL ESPÍRITU (esquema de predicación)

Podemos señalar de manera sintética que el Espíritu nos conduce por caminos de libertad y amor, caminando hacia una meta determinada: vivir la salvación que Jesucristo no ha dado.

a) El Espíritu nos conduce por dos caminos

** Camino de libertad

- Gal 5,1: Para ser libres nos liberó Cristo...
- Gal 5,13-14: que la libertad no sea pretexto...
- ¿Qué nos quita o limita la libertad? (Miedos, apegos y prejuicios)
- Cómo ser libres
- Rm 7,6: librea para servir

** Camino de amor

- Rm 8,4; 13,8: amar es cumplir la nueva ley...
- El amor comienza por amarse a sí mismo
- Si no me amo a mí mismo no puedo amar a los demás
- Mt 25,45: amar a los demás se manifiesta con obras
- 1 Jn 4,18-21: el amor echa fuera el temor

b) La vida nueva es la meta

- Rm 8,11: el Espíritu dará vida nueva...
- Jn 17,3: la vida eterna es...
- la vida nueva y la vida plena son sinónimos
- la vida plena y la salvación son sinónimos
- ser salvo y ser plenamente feliz son sinónimos
- así que, vivir plenamente es ser feliz
- la vida es una conquista diaria de muertes para vivir
- por eso comienza aquí y tiene su plenitud más allá
- 1 Cor 6,11: limpiados, consagrados y librados...

c) Conclusiones

- Leer y analizar: Tito 3,3-7
- El hombre nace para ser libre y feliz
- Ser infeliz es la frustración del pecado
- Ser libre es el Amor de Dios en el Espíritu
- El Espíritu de Amor nos enamora para vivir felices, es decir, con la libertad de los hijos de Dios.
- La vida plena nos permite vivir con la posibilidad de ser bendición para las personas que nos rodean, pues buscamos la libertad y la felicidad de hijos de Dios, salvados por Jesucristo y santuarios del Espíritu Santo.

4.2.7. EL FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

a) Qué se entiende por fruto

- El fruto es resultado de un proceso...
- Semilla sembrada, arbusto que crece y es cuidado, árbol fortalecido, flor y finalmente fruto...

- Así que la acción del Espíritu tiene en cuenta el proceso personal...
- Dar fruto implica riesgo y seguridad en Dios, pues sembramos cosas buenas que es necesario cuidarlas. El problema es que algunos tienen miedo a sembrar...

b) El fruto del Espíritu[15]: Gal 5, 22 - 23

Tener en cuenta las dimensiones personal y comunitaria del Amor se desprenden o son fruto los siguientes ocho productos.

- Amor 1 Cor 13,1 - 7; Col 3, 14
- Alegría Hch 20,35
- Paz Rm 14,19; Fil 4,6
- Paciencia Col 1, 11 - 12
- Amabilidad Rm 15, 1 - 2
- Bondad Rm 2,4
- Fidelidad 1 Cor 4,2
- Humildad 2 Cor 3,15; Sant 4,10
- Dominio propio Tito 1,7 - 8

c) Conclusiones

- Gal 5,24: dejemos que el Espíritu nos guíe
- El Espíritu realiza frutos interesantes en el ser humano que son visibles
- Algunos les llaman, a los frutos, valores humanos. Pues bien, para que los valores den frutos deben ser sembrados en la buena tierra de la espiritualidad.
- ¿Cómo mantener esos frutos?
- La respuesta es: orando, estudiando sobre ese fruto y ejerciéndolo constantemente.
- Los frutos le dan dirección a la vida cristiana para que no se desvíe, sino que siga el camino maravilloso del Espíritu.

4.2.8. REAVIVAR EL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

En ocasiones hemos permitido que se apague el fuego del Espíritu Santo, por múltiples motivos, de manera que es necesario reavivar esa llama para que la vida cristiana se mantenga caliente y fervorosa ante la misión.

a) No apaguen el fuego del Espíritu: 1 Tes 5,19

- ¿Qué hizo que se apagara el Espíritu?
- monotonía espiritual
- despreciar las profecías: 1 Tes 5,20
- evitar discernir: 1 Tes 5,21
- los problemas nos ganan

- Rm 5,5: Es Espíritu es el Amor

[15] El tema puede ampliarse en el libro de Manuel Tenjo, Sembrar y Cultivar Valores. 3ª Ed. The World Marketing Company. Bogotá, 2008.

- decaer en el Espíritu es decaer en el Amor...
- el egoísmo es centrarse en sí mismo...

- El amor no se puede apagar porque tu vida se apagaría.
- Una vida sin el fuego del Espíritu no tiene sentido, es vacía y termina asumiendo frustraciones y cadenas de fracasos.
- Vivir sin Amor, vivir sin el Espíritu no tiene sentido.

b) ¿Cómo reavivar el Espíritu Santo?

- 2 Tim 1,6-7
- avivar el don que Dios te dio...
- Espíritu de Poder, Amor y Buen Juicio...
- tú tienes el poder para amar y obrar con sensatez...

- 1 Cor 13,4-7
- el amor lo avivamos AMANDO...
- el amor es una conquista (en contra del egoísmo) no una rendición

c) Conclusiones

- Generar la capacidad de amar.
- Permitir que el fuego de Dios arda en el corazón
- Rendirse ante el Poder de Dios que alcanza hasta lo imposible
- El Amor se mantiene fervoroso orando y amando, de esa manera se genera toda clase de bien que redunda en beneficio personal y comunitario.

4.2.9. "HACER DAÑO" AL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

Cuando hablamos de "hacer daño" al Espíritu de Dios, es metafórico. Lo que hagamos en contra de los hermanos lo estamos haciendo en contra del Espíritu maravilloso.

a) No entristezcan el Espíritu Santo... Ef 4,30

- Se entristece cuando vivimos de acuerdo a la naturaleza del hombre viejo
- Se entristece cuando impedimos que el hombre nuevo brote libremente

b) No mientan o engañen al Espíritu Santo... Hch 5,1-11

- Ananías y Safira mienten a la comunidad sobre el precio del terreno
- Mentir a la comunidad cristiana es mentir al Espíritu de Amor

c) <u>No resistan al Espíritu Santo</u>... Hch 7,51

- Las autoridades judías rechazan el mensaje de Jesucristo
- Rechazar el mensaje de salvación es resistirse al Espíritu revelador

d) <u>No extingan el Espíritu Santo</u>... 1 Tes 5,19

- Rechazar las profecías es rechazar al Espíritu revelador
- Rechazar el discernimiento y hacer lo malo hace que se apague el fuego de Dios

e) <u>No blasfemen contra el Espíritu Santo... Mt 12,31-32</u>

- Pecar contra el Espíritu es ir en contra del Amor...
- No amar es negarse a recibir bendiciones....
- No recibir bendiciones es vivir sin Dios.... Sal 14, 1-3
- Caminar por el mundo sin rumbo, sin sentido, sin felicidad....

f) Lo que siembra se cosecha: Gal 6, 7 - 8

- Sembrar malos deseos....
- Hoy recogemos lo malo que hemos sembrando en el pasado...
- Sembrar la satisfacción del Espíritu...
- Hoy recogemos lo bueno que hemos sembrado en el pasado
- Sembremos el amor en el presente y tendremos una gran cosecha pronto....
- Puede verse las obras de la carne: Gal 5,19-21 (si lo desea)

g) Restaurar la relación con el Espíritu: Gal 5,16-18; Mt 12,30; 1 Cor 12,3

- Vivir según el Espíritu...
- Vivir en oposición al pecado...
- Vivir guiados por el Espíritu...
- La relación se restaura AMANDO...

h) Conclusión y oración

- Leer y meditar. Heb 10,26-31
- Perdón y reconciliación con el Espíritu Santo
- Ser amigo intimo del Espíritu Santo
- Caminar de la mano del Poder de Dios

4.3. EL ESPIRITU SANTO Y LA IGLESIA[16]

4.3.1. LA IGLESIA ES <u>HECHA</u> POR EL ESPÍRITU SANTO (esquema de predicación)

- El Espíritu Santo es COFUNDADOR
- En el Credo a hablar del Espíritu de inmediato se dice: "creo en la Iglesia..."
- Manifiesta la relación íntima entre el Espíritu y la Comunidad Eclesial
- En la Iglesia confluyen (o es fruto) de dos misiones:
- La misión de Jesús: hacernos hijos de Dios: Gal 4,4-5
- La misión del Espíritu: Dios lo mando a nuestro corazón: Gal 4,6-7

[16] Tomado de Yves Congar. El Espíritu Santo. Ed. Herder. Barcelona

⇒ Jesús funda la Iglesia como comunidad - familia más allá de los lazos consanguíneos donde uno solo es el Padre: Mc 3,31-35

⇒ El Espíritu Santo forma a Jesús en el corazón de los cristianos y los lleva a la estatura perfecta a fin que todos vivan en fraternidad con un solo cuerpo: Gal 4,19; Ef 4,12- 16

⇒ El Padre dice la Palabra, la Palabra llega al corazón de los hombres y obra su poder creador por el Espíritu Santo - Amor.

4.3.2. EL ESPÍRITU ES EL PRINCIPIO DE COMUNIÓN - UNIDAD

- Dios Busca ser TODO en todos nosotros: 1 Cor 15,28
- Para lograrlo nos inserta en el Cuerpo de Cristo por la unidad del Espíritu: 1 Cor 12,13
- Formar UNIDAD en la DIVERSIDAD de personas: formas de pensamiento y de vida...
- El espíritu habita en nosotros para conducirnos a la unidad
- Viviendo en unidad y fraternidad es como nos mantenemos en comunión trinitaria pues la Iglesia es imagen de la Trinidad: Ef 4,4-6
- La unidad se manifiesta en el amor: Jn 13,35

4.3.3. EL ESPÍRITU ES PRINCIPIO DE CATOLICIDAD

- Hch 1,8: dar testimonio hasta los confines de la Tierra
- La misión es evangelizar el universo: *kath'holou*
- Las misiones han expandido el Evangelio de manera católica
- La Iglesia universal como pueblo de Dios gracias al Espíritu: LG. 13 §2

⇒ El Espíritu de Jesucristo llega a los rincones de la Tierra y a la profundidad de todos los hombres para que se sientan HERMANOS, hijos del mismo Padre y buscando la solidaridad universal.

4.3.4. EL ESPÍRITU CONSERVA LA MISIÓN APOSTOLICA ECLESIAL

- Lo apostólico es el principio (alfa) y el término (omega) de la misión de Jesús
- La misión apostólica es don de gracia y responsabilidad o tarea a realizar.
- El encargo apostólico: Mt 28,16-20
- enviados: *apostellein*
- a todas las naciones - todos los días...
- continuar la misión de Jesucristo
- con la fuerza del Espíritu Santo

- Dando testimonio: Jn 15,25-27; Hch 5,32
- testigo: ha visto, recuerda y asegura totalmente
- el Espíritu da testimonio de Jesucristo
- el cristiano da testimonio con la fuerza del Espíritu
- "La Iglesia nace y se inserta por la predicación (Kerigma) y gracias al apoyo del Espíritu Santo", Congar.
- El misterio apostólico es un misterio del Espíritu

- El testimonio se celebra: PALABRA Y PAN

- Guardando la fe recta: 2 Tim 1,14
- debe llevarse la correcta doctrina de la fe en Jesucristo y la misión de la Iglesia
- la tradición se trasmite de generación en generación: 2 Tim 2,2
- la Iglesia se reúne alrededor de los apóstoles (obispos)
- el Espíritu de Jesucristo garantiza la sucesión apostólica
- el Espíritu Santo asiste a la Iglesia para conocer la VERDAD y para que el error no prevalezca

  ⇒ La apostolicidad es santa y católica

4.3.5. EL ESPÍRITU ES PRINCIPIO DE SANTIDAD EN LA IGLESIA: Ef 5,26-27; LG 4.

- La unidad, la catolicidad y la apostolicidad son santas porque es la acción propia del Espíritu.
- Templo Santo: Ef 2,18-22; 1 Pe 2,5
- la Iglesia es el templo santo de Dios donde, por el Espíritu, se celebra el Bautismo y la Eucaristía
- señala Santo Tomas de Aquino: que la Iglesia es lavada por la sangre de Cristo, Ungida por el Espíritu Santo, es lugar de inhabitación divina y lugar donde Dios es invocado.
- La Iglesia esposa: Ef 5,25-27.29-31
- la unión de hermanos es hermosa pero imperfecta por el pecado
- la realización plena será al final: Ap 19,6-8
- La Iglesia santa constituida por pecadores
- no podemos negar los errores históricos
- la Iglesia en ocasiones entristece al Espíritu (Ef 4,30)
- le resiste (Hch 7,5)
- y lo apaga (1 Tes 5,19)
- Revivir y luchar: Rm 14,17-18

5. EL ESPÍRITU SANTO Y LOS SACRAMENTOS

5.1. LOS SACRAMENTOS: VIDA EN JESUCRISTO

Jesús es por esencia el sacramento original porque El despide todas las realidades sacramentales. Es sacramento del Padre, porque Jesús en toda su vida, en todo momento, en todo su actuar, en su hablar... es transparencia del Padre. El hombre Jesús en todo lo que hace transparenta la Divinidad.

Por tanto, la sacramentalidad hay que buscarla en Jesucristo. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn.14,9). Además, Cristo es mediador entre los hombres y el Padre, y es plenitud de la revelación. En Jesucristo la Palabra de Dios es tan eficaz, tan dinámica y tan expresiva, que se hace persona (Jn.1,14).

En conclusión: Jesús es sacramento del Padre porque en su encarnación, vida, obra, muerte y resurrección es transparencia de Dios; su comportamiento transparenta la Divinidad y tiene su propia identificación.

El cristiano esencialmente es ser de Dios en su humanidad, por tanto, es testimonio del obrar divino en su vida. El cristiano no es solo, sino que se relaciona con los demás, teniendo unos signos de identificación en un compromiso mutuo y complementario en humildad con el necesitado.

El hombre que se descubre sacramento de Cristo y de la Iglesia, en su esencia de hijo de Dios y en su testimonio de vida en el servicio, es porque está procediendo como Jesús, es decir, es transparencia viva y actuante de Jesús.

Sólo se es sacramento SIENDO, esto es, en un caminar con Cristo y el Espíritu Santo hacia el Padre, mirando siempre su realidad de vida y actuando positivamente.

5.2. EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA LITURGIA[17]

La obra de la salvación humana fue realizada por Cristo: es él quien se encarnó, nació, vivió, murió y resucitó para cada hombre. Pero, como estas acciones salvíficas tuvieron lugar hace veinte siglos, para que puedan beneficiar a los hombres de todos los tiempos hace falta actualizarlas, hacerlas «contemporáneas» en cada momento. El Espíritu Santo es el encargado de hacer presente visiblemente a Cristo en el «hoy» de la Iglesia, para que nos pueda alcanzar su fuerza salvadora. Y lo hace a través de las acciones sagradas que componen la liturgia cristiana.

La liturgia es la obra común del Espíritu Santo y de la Iglesia. La Iglesia convoca a los fieles, proclama la palabra de Dios, realiza a través de sus ministros los gestos y acciones instituidas por Cristo, ora, y, sobre todo, aporta su fe. Pero es el Espíritu quien llena de sí mismo todas estas acciones; Él es como el alma de la liturgia.

[17] Miguel Payá Andrés. UNGIDOS POR EL ESPÍRITU

En concreto, la obra del Espíritu Santo en la liturgia se puede describir a través de estas cuatro operaciones:

1.ª *Prepara para recibir a Cristo*

Toda acción litúrgica, y muy especialmente la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos, es un encuentro entre Cristo y la Iglesia. Para que este encuentro sea posible, el Espíritu realiza algunas acciones previas.

En primer lugar, convoca y reúne a los hijos de Dios en una unidad que desborda las afinidades humanas, raciales, culturales y sociales, porque es la unión de todos los hijos de Dios en el único Cuerpo de Cristo. De este modo, constituye una asamblea en la que se supera la división entre «judíos y griegos, esclavos y libres, hombres y mujeres» (Gál 3,28).
Además, trae a la memoria toda su actuación en la historia del pueblo de Israel y realiza plenamente lo que anunciaban los hechos, palabras y símbolos del Antiguo Testamento: la Promesa, la Alianza, el Éxodo, la Pascua, el Reino, el Templo, el Exilio y el Retorno... Por eso se leen en la liturgia los textos del Antiguo Testamento y se utiliza la oración de los Salmos. Así, todo el largo camino de fe que sirvió para preparar la venida de Cristo, se convierte ahora también en preparación inmediata para que la comunidad se encuentre con su Señor, en quien se cumplen perfectamente las figuras y profecías de aquella etapa previa.

Y la acción preparatoria más importante que realiza el Espíritu, es la de suscitar la fe, la conversión del corazón y la adhesión a la voluntad del Padre. Son las disposiciones que preceden a la acogida de otras gracias que ofrecerá el Espíritu en la celebración, que aseguran la participación plena, consciente y activa en la misma, y que llevan a recibir los frutos de vida que está llamada a producir (cf. *Sacrosanctum Concilium,* 11).

2.ª *Recuerda el misterio de Cristo*

Jesús nos prometió: «El Espíritu Santo... os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26). En efecto, él es como la memoria viva de la Iglesia. Nos da la inteligencia espiritual para comprender la palabra de Dios y, a través de ella, descubrir todo lo que Cristo, Palabra e Imagen del Padre, ha hecho por nosotros. Y esto sucede de un modo especial en la liturgia, que es «memorial», recuerdo de Cristo y de su obra salvadora.

Al hacernos memoria de lo que Cristo ha hecho por nosotros en el pasado y lo que sigue haciendo por nosotros en el presente, el Espíritu nos dispone también interiormente y nos da la gracia de responder a la palabra de Dios con la fe, que es consentimiento y compromiso personal, aceptación gozosa de que Dios continúe realizando su salvación en nosotros. Y esta fe encuentra su expresión litúrgica en la adoración: el mismo Espíritu suscita en nosotros la acción de gracias y la alabanza a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso la plegaria eucarística se inicia con estas palabras del prefacio: «En verdad es justo y

necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias...». Y sigue con la solemne aclamación al Dios tres veces Santo.

3.ª *Actualiza el misterio de Cristo*

Del mismo modo que Jesús, por el poder del Espíritu hacía realidad por sus milagros el Reino de Dios que anunciaba, el Espíritu Santo, no sólo trae a la memoria los acontecimientos salvadores de Cristo, sino que los actualiza, los hace presentes, y continúa así realizando para nosotros, aquí y ahora, la salvación ya realizada por Cristo en el pasado.

Por eso, junto con el «memorial», el momento central de la liturgia es la «invocación» que el sacerdote hace al Padre para que el Espíritu Santo transforme el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor glorificado: «Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor» (Plegaria Eucarística II).

4.ª *Hace fructificar el don de la comunión en la Iglesia*

Además de la «invocación» que precede a la consagración, el sacerdote realiza otra invocación sobre toda la asamblea de los fieles: «Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo» (Plegaria Eucarística II).

En efecto, mediante la participación en la liturgia de la Iglesia, el Espíritu Santo realiza en nosotros el misterio de la comunión: al otorgarnos la vida divina, une a los fieles con Cristo y entre sí, para que formemos un solo Cuerpo de Cristo; y «por él, con él y en él» nos une al Padre. El fruto del Espíritu en la liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad y comunión fraterna (cf. 1 Jn 1,3-7).

5.3. EL ESPÍRITU SANTO, PRESENCIA SALVADORA DE CRISTO EN LOS SACRAMENTOS

Lo que hemos dicho acerca de la acción del Espíritu Santo en la liturgia, se realiza de modo especial en la celebración de los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica de la Iglesia.

Los cristianos llamamos «sacramentos» a los signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia, por los cuales nos es dispensada la vida divina. Según la fe de la Iglesia son siete: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Corresponden a todas las etapas y momentos importantes de la vida del cristiano. Y, desde esta relación con la vida cristiana, solemos clasificarlos en tres grupos:

a) Sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

b) Sacramentos de la curación: Penitencia y Unción de enfermos.

c) Sacramentos al servicio de la comunidad: Orden y Matrimonio.

En el conjunto de todos ellos, la Eucaristía ocupa un lugar único; es como «el sacramento de los sacramentos». Todos los demás están ordenados a ella como a su fin, porque ella contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo.

Ahora, más que fijarnos en lo propio y específico de cada sacramento, vamos a considerar cómo actúa el Espíritu Santo en todos ellos. Y, para mayor claridad, lo haremos a través de algunas afirmaciones.

1.ª *Los sacramentos son acciones de Cristo resucitado a través de su Espíritu*.

Las palabra y acciones de Jesús durante su vida terrena eran portadoras de salvación. Pero lo eran en cuanto anticipaban la fuerza de su muerte y resurrección, de su «misterio pascual». Anticipaban y preparaban aquello que él daría a su Iglesia cuando todo tuviese cumplimiento. Después de su glorificación y de la efusión del Espíritu Santo, Jesús sigue salvando en los sacramentos: ellos son como sus manos que ahora nos curan y su palabra que ahora nos llega. Mientras Jesús vivió en este mundo, su humanidad fue el signo visible del Padre y de su voluntad salvadora; ahora, el signo visible de la salvación es la acción sacramental de la Iglesia. Y quien comunica la salvación de Cristo en los sacramentos es el Espíritu Santo. Como ya dijimos, él es el que hace a Jesús contemporáneo de todos los hombres y de todas las generaciones, y quien incorpora a los hombres al nacimiento, misión, muerte y resurrección de Jesús.

2.ª *Los sacramentos son acciones de la Iglesia, en la que actúa el Espíritu.*

Los sacramentos son acciones de la Iglesia en un doble sentido. Primero, porque existen «por ella». La Iglesia misma es el principal sacramento de Cristo, quien se hace visible y actúa en ella, gracias a la misión del Espíritu Santo. De modo que los siete sacramentos son como el despliegue del ser mismo de la iglesia.

En segundo lugar, los sacramentos son de la Iglesia porque existen «para ella», para constituirla como comunión con Dios y comunión entre los hombres.
Si unimos estos dos sentidos nos daremos cuenta de que la Iglesia hace los sacramentos, y, al mismo tiempo, los sacramentos hacen la Iglesia.

Pero, ¿de dónde le viene a la Iglesia el poder para hacer los sacramentos?

La Iglesia es una «comunidad sacerdotal» gracias a los mismos sacramentos. Porque hay tres sacramentos, Bautismo, Confirmación y Orden, que, además de conferir la gracia, otorgan otro don del Espíritu: un «carácter sacramental» o «sello indeleble», por el cual el cristiano participa del sacerdocio de Cristo; aunque de dos modos diferentes.

El Bautismo y la Confirmación confieren el sacerdocio común a todos los cristianos, que les convierte en miembros del pueblo sacerdotal, les hace aptos para celebrar la liturgia y les confía la misma misión de Cristo. El sacramento del Orden confiere el sacerdocio ministerial, que capacita a algunos fieles para actuar en nombre y en persona de Cristo, Cabeza de la Iglesia. De modo que el ministro ordenado es el vínculo sacramental que une la acción litúrgica de la Iglesia a lo que dijeron y realizaron los apóstoles, y, por ellos, a lo que dijo y realizó Cristo, fuente y fundamento de los sacramentos. Este sacerdocio ministerial está al «servicio» (ministerium) del sacerdocio bautismal, porque es el que garantiza que, en los sacramentos, sea Cristo quien actúa por el Espíritu Santo en favor de la Iglesia. Y ambos sacerdocios están creados por el Espíritu, ya que es él quien confiere ese «carácter» o «sello» que capacita para su ejercicio.

3.ª *Los sacramentos confieren la salvación por el poder del Espíritu.*

Celebrados dignamente en la fe, los sacramentos confieren siempre la gracia que significan. Es decir, el Padre escucha siempre la oración de la Iglesia de su Hijo, cuando ésta invoca en cada sacramento al Espíritu Santo. Y, por eso, el Espíritu otorga siempre en ellos, a la Iglesia y a cada uno de sus miembros, los beneficios de la entrega de Cristo en la cruz.

Siempre que un sacramento es celebrado conforme a la intención de la Iglesia, el poder de Cristo y de su Espíritu actúa en él y por él, independientemente de la santidad del ministro que lo preside. Sin embargo, no hay que pensar que el sacramento obre, como si dijéramos, automáticamente. No es un acto de magia, en el que haciendo unos gestos y diciendo unas palabras raras se produce sin más un efecto. Porque, si es cierto que la santidad del ministro no es decisiva, la fe y la disposición de quien lo recibe sí lo son. Y es que la recepción de un sacramento es un encuentro con el Señor, y un encuentro no se produce unilateralmente. El sacramento dice que el Señor es fiel; pero el Señor no puede, sin nosotros, unirse con nosotros.

4.ª *En los sacramentos, el Espíritu transforma al hombre, configurándolo con Cristo.*

Mediante los sacramentos recibidos con fe, la vida entera del hombre, sus relaciones con Dios, consigo mismo, con los demás y con las cosas, se insertan en la muerte y resurrección de Cristo, que las asume, las potencia y les da vida, para que se haga realidad el Reino. Muere así el «hombre viejo» y nace el «hombre nuevo»; toda la vida se transforma.

Y es que, a través de los sacramentos, el Espíritu santificador hace que el creyente vaya descubriendo poco a poco a Cristo, le consagra a él, le incorpora y le hace semejante a él, le configura cada vez más con él, hasta que pueda decir: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

Esta transformación del hombre y de su vida, no se realiza solamente en el momento de celebrarse el sacramento, sino que sigue produciendo sus frutos durante toda la vida del creyente. El rito litúrgico, con su sobriedad, dura pocos instantes, pero es un acto que no se acaba nunca. Como una fuente de agua viva que por primera vez brota de la tierra seca y desde ese instante corre sin cesar, la gracia brota ininterrumpidamente del sacramento. Sólo el pecado impide el crecimiento de la vida divina y los frutos del sacramento.

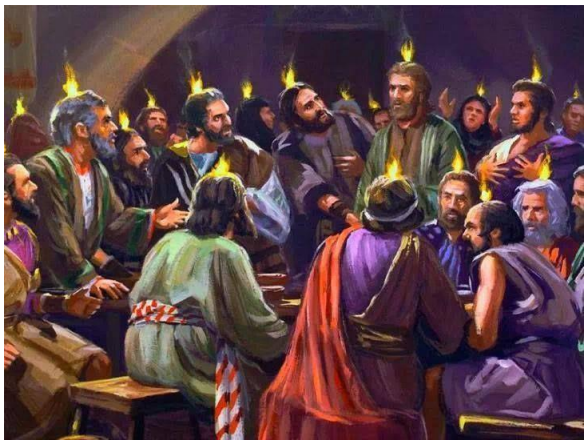
Además, la eficacia de la gracia sacramental no actúa exclusivamente en el creyente que lo celebra, sino que se derrama sobre toda la comunidad, enriqueciéndola. Por eso afirmamos que la Iglesia, al celebrar los sacramentos, es también edificada por ellos. Toda celebración sacramental es, pues, para el creyente y para toda la comunidad, una etapa en el camino progresivo hacia la plena madurez del hombre perfecto que es Cristo.

Por otra parte, la fe suscitada por la palabra de Dios y acrecentada por la celebración sacramental, tiende a manifestarse plenamente en el testimonio de vida. Palabra de Dios y sacramentos, fe y vida de todos los días, forman en el cristiano un conjunto indivisible que, a través del compromiso de la caridad, lo capacita para ser signo visible de la acción salvadora de Dios entre los hombres. Los sacramentos van convirtiendo al hombre en auténtico sacramento viviente, que manifiesta a Cristo y es portador de su gracia para todos los hombres.

5.4. LOS SACRAMENTOS: FORTALECIMIENTO EN EL ESPÍRITU

En el Nuevo Testamento se observan con claridad dos sacramentos que se desprenden del misterio pascual de Jesucristo, de ellos se "derivan" los otros sacramentos vividos y fortalecidos por el Espíritu Santo:

a) BAUTISMO



El Bautismo es el sacramento de iniciación donde se vive el Espíritu Santo y es sellado con el óleo para significar la pertenencia a Jesucristo (Cf. Mt 28,18-20; Hch 1,5; Gal 3,27; Rm 6,1-11).

La ampliación y continuidad del Bautismo se vive en los sacramentos de la Reconciliación (Cf. Jn 20,22-23; Hch 19,18), la Confirmación (Hch 8,14-17) y la Unción de los Enfermos (Sant 5,14-15). Estos sacramentos actualizan y "refuerzan" la gracia bautismal para que el cristiano se mantenga fiel y firme a su vocación de sacerdote, profeta y rey. En el Bautismo, la Confirmación y la Unción está presente el aceite, que es uno de los símbolos privilegiados del Espíritu Santo.

b) EUCARISTÍA

La Eucaristía es posible por la epíclesis, es decir, la petición que se dirige al Padre para que derrame su Espíritu Santo sobre el pan y el vino y los transforme en el cuerpo y la sangre de Jesús. El Sacerdote extiende las manos sobre los dones presentados y realiza la invocación. En ese momento todos nosotros acompañamos la súplica para que Dios envíe su Espíritu transformador. Esto nos muestra la íntima unión entre Eucaristía y Santísima Trinidad.

La Eucaristía nos lleva al compromiso consciente con el Cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia, de allí que los siguientes sacramentos se desprenden de la experiencia vital y comunitaria de la fracción del pan: Matrimonio (Ef 5,21-33) y Orden Sacerdotal (Lc 22,19).

En ambos sacramentos necesitamos el Espíritu de Amor entregarnos como una “ofrenda viva, santa y agradable a Dios” (Rm 12,1).

c) EL MATRIMONIO

El matrimonio es un lugar donde confluye y brilla con especial intensidad toda la acción creadora y santificadora del Espíritu Santo. Por eso no resulta extraño el hecho que constata el Catecismo de la Iglesia Católica: «La Sagrada Escritura se abre con el relato de la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26-27) y se cierra con la visión de las bodas del Cordero (Ap 19,7.9). De un extremo a otro la Escritura habla del matrimonio y de su misterio, de su institución y del sentido que Dios le dio, de su origen y de su fin, de sus realizaciones diversas a lo largo de la historia de la salvación, de sus dificultades nacidas del pecado y de su renovación en el Señor (1 Cor 7,39), todo ello en la perspectiva de la Nueva Alianza de Cristo y de la Iglesia (cf. Ef 5,31-32)» (*Catecismo,* n. 1602). Más aún, la Escritura convierte el amor conyugal en el gran símbolo para explicar el amor de Dios hacia los hombres.

Para explicar la acción multiforme del Espíritu en esta realidad humana privilegiada, vamos a seguir las invocaciones que vertebran la bella «Bendición nupcial» del rito católico del Matrimonio.

- ***EL MATRIMONIO EN EL ORDEN DE LA CREACIÓN***

«Oh Dios, que con tu poder creaste todo de la nada,
y, desde el comienzo de la creación,
hiciste al hombre a tu imagen
y le diste la ayuda inseparable de la mujer,
de modo que ya no fuesen dos, sino una sola carne,
enseñándonos que nunca será lícito separar
lo que quisiste fuera una sola cosa».

El matrimonio no es una institución puramente humana; ha salido de las manos del Creador: «Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza; hombre y mujer los creó» (Gén 1,27). La diferenciación sexual forma parte del ser del hombre tal como fue creado por Dios. No existe el ser humano «en sí»; el ser humano existe únicamente como hombre o como mujer. Dos modos de ser hombres diferentes, pero con igual dignidad, que se atraen y están llamados a complementarse. Es significativa la expresión admirativa del primer hombre cuando ve ante sí a la mujer: «Esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gén 2,23). La Escritura presenta así el enamoramiento entre hombre y mujer como el reconocimiento agradecido y emocionado del hombre a su Creador.

Y este misterio del hombre y de la mujer es tan profundo que su mutua alianza se convierte en imagen y semejanza de la alianza de Dios con los hombres; en representación del amor, la fidelidad y la fuerza creadora de Dios. Dios, que es Amor (cf. 1 Jn 4,8.16), ha creado al hombre a su imagen y semejanza, es decir, con capacidad y vocación de amar. Y, con ello, ha mostrado la cumbre y el sentido de toda su obra creadora. El Espíritu, que «planeando sobre las aguas» ha ido dando vida a todas las criaturas, como reflejo de la bondad y belleza

de Dios, en el hombre ha plasmado la misma esencia de Dios: el amor. Y con ello nos ha manifestado que todo nace del Amor, que todo es creado por el Amor y que todo tiene como fin el Amor.

No es extraño, pues, que el amor entre el hombre y la mujer sea muy bueno a los ojos del Creador (cf. Gén 1,31). Por ello forma parte de la revelación de Dios ese poema de amor apasionado que es el Cantar de los Cantares. No encontraremos en la Biblia ningún tipo de hostilidad hacia el amor sexual. Aunque tampoco será sacralizado o mitificado, como ocurre en otras culturas. Precisamente por su misma bondad y belleza creatural, el amor sexual siempre estará referido a algo que está por encima. Al igual que ocurre con el resto de la creación, no tiene su fundamento ni su meta en sí mismo. El amor finito y limitado entre el hombre y la mujer es la imagen que remite a otro amor absoluto, que es el único capaz de saciar el corazón del hombre.

La Escritura describe también las calidades y finalidad del amor entre hombre y mujer. Afirma, en primer lugar, que hombre y mujer se necesitan para realizarse: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada» (Gén 2,18). Dios ofrece, pues, una ayuda, que juzga necesaria, para que la persona pueda desplegar todas sus potencialidades. Y esta ayuda, en cuanto ofrecida por Dios, significa y trae el mismo auxilio divino. Dios actúa en cada cónyuge a través del otro. Naturalmente, esto exige que la unión de ambos sea indefectible: el otro forma parte de mí mismo; separarme de él sería destruirme: «Se hacen una sola carne» (Gén 2,24). Por otra parte, este amor está destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación: «Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla» (Gén 1,28). Si «no es bueno que el hombre esté solo», tampoco es bueno que la pareja esté sola. Porque si el otro me ha de ayudar a realizarme, no puede servirme para cerrarme, sino para abrirme.

- ***EL MATRIMONIO BAJO LA ESCLAVITUD DEL PECADO***

«Oh Dios, que unes la mujer al varón
y otorgas a esta unión,
establecida desde el principio,
la única bendición
que no fue abolida
ni por la pena del pecado original,
ni por el castigo del diluvio».

Todos los hombres, desde el primero, vivimos la experiencia del mal, del pecado. Y esta ruptura suicida con nuestro Creador, tiene consecuencias dramáticas para la relación hombre-mujer. No podía ser de otro modo: si rompo con Dios, el otro deja de ser para mí el signo y portador del auxilio divino; y, en vez de ayuda, se convierte en problema y obstáculo. Lo vemos ya en la primera pareja. Comienzan a acusarse mutuamente: *«La mujer que me disté por compañera me dio del árbol y comí»* (Gén 3,12). Su atractivo mutuo se cambia en relaciones de dominio y concupiscencia: *«Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará»* (Gén 3,16b). La hermosa vocación a la fecundidad se convierte en una carga: *«Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos»* (Gén 3,16a). Y el dominio sobre lo creado se torna esclavitud: *«Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga*

sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gén 3,17-19).

En todo tiempo, la unión del hombre y la mujer vive amenazada por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos que pueden conducir hasta el odio y la ruptura. Y todos estos desórdenes ponen de manifiesto una contradicción profunda del ser humano: creado para amar, pero impotente para vivir un amor pleno.

Sin embargo, la última palabra en la relación hombre-mujer no es el fracaso. Porque Dios sigue siendo siempre fiel al matrimonio, no se desdice ni se vuelve atrás, a pesar del pecado. Vemos con qué solicitud sigue cuidando a la primera pareja: «Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió» (Gén 3,21). Lo que ocurre es que, a partir del primer pecado, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia misericordiosa de Dios, que les cura las heridas del pecado y les devuelve la capacidad de amarse. Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar esa unión de sus vidas que Dios estableció al comienzo.

Y el perdón y la fidelidad de Dios tienen también un sentido ejemplar para la pareja. Después del pecado, amarse es también ser capaces de perdonarse. Vivir en fidelidad supone tener el valor de rehacerla cuando ha sido destruida. En una palabra, en la situación actual del hombre, el amor ha de tener fuerza suficiente para superar y vencer al pecado. Y esta fuerza, como vamos a ver, sólo puede venir de Dios.

- ***EL MATRIMONIO EN EL SEÑOR***

«Oh Dios, que consagraste la alianza matrimonial
con un gran Misterio
y has querido prefigurar en el Matrimonio
la unión de Cristo con la Iglesia».

En el umbral de su vida pública, Jesús realizó su primer signo, a petición de su Madre, con ocasión de un banquete de boda (cf. Jn 2,1-11). Los cristianos han concedido una gran importancia a la presencia de Jesús en las bodas de Caná. Han visto en ella la confirmación de la bondad del matrimonio y el anuncio de que, en adelante, Cristo estará siempre presente en el matrimonio. Y que estará de forma activa, dando vino a los que no lo tienen, es decir, otorgando la capacidad de amar a los que no tienen suficiente fuerza para amarse.
Durante su predicación, Jesús, en el curso de una disputa con los fariseos, se vio confrontado con la cuestión de si a un hombre le es lícito repudiar a su mujer (cf. Mt 19,3-9).

Sin entrar en la discusión casuística, Jesús enseñó sin ambigüedad el sentido original de la unión del hombre y de la mujer, tal como el Creador la quiso al comienzo, y concluyó con esta sentencia: «Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre». De hecho, sus oyentes interpretaron que se trataba de una exigencia irrealizable (cf. Mt 19,10). Pero la intención de Jesús no fue la de imponer a los esposos una carga imposible de llevar y demasiado pesada; porque, como había dicho en otra ocasión, su yugo era suave y su carga ligera (cf. Mt 11,29-30). Jesús es muy consciente de la dureza de corazón del ser humano y sabe que sólo si Dios le concede un «corazón nuevo» será capaz de corresponder a la voluntad de

Dios. Por eso la sentencia que pronuncia no es una ley dura, sino una promesa de salvación y de gracia: la venida del Reino de Dios va a restablecer el orden inicial de la creación perturbado por el pecado, porque dará la fuerza y la gracia para vivir el matrimonio según el plan de Dios. Siguiendo a Cristo, renunciando a sí mismos, tomando sobre sí sus cruces (cf. Mt 8,34) y acogiendo la gracia que se deriva de la Cruz de Cristo, los esposos podrán comprender y vivir el gran don del matrimonio.

Es lo que el apóstol Pablo da a entender diciendo: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla» (Ef 5,25-26), y añadiendo en seguida: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia» (Ef 5,31-32). En este texto, el más importante del Nuevo Testamento sobre el matrimonio, Pablo presenta la alianza entre el hombre y la mujer como signo de la alianza entre Cristo y la Iglesia. Ya en el Antiguo Testamento, la alianza entre hombre y mujer se convirtieron en «imagen y semejanza» de la alianza de Dios con el hombre (cf. Os 1; 3; Jr 2; 3; 31; Ez 16; 23; Is 54; 62); el matrimonio fue como la gramática que sirvió para expresar el amor y la fidelidad de Dios. Pero el pacto de Dios con los hombres halló su realización definitiva e insuperable en Cristo. Jesucristo es la alianza de Dios con los hombres hecha persona. Porque en Jesucristo Dios ha pronunciado de una forma totalmente única, definitiva e insuperable su sí al ser humano; y en Jesucristo el hombre le ha dicho sí a Dios con una obediencia total e irreversible. Y esta «nueva y definitiva alianza» ha producido, según Pablo, un cambio cualitativo importante en el matrimonio. En dos sentidos, que van a marcar la originalidad del matrimonio cristiano.

En primer lugar, «los casados en el Señor» (1 Cor 7,39), se han de amar «como Cristo amó a la Iglesia». Si Cristo ama a la Iglesia diciéndole un sí incondicional, los esposos deben también comprometerse de forma irreversible. Si Cristo se ha entregado por completo hasta dar su propia vida, los esposos deben entregarse todo lo que son y tienen. Si Cristo ama a la Iglesia, aun como Iglesia de pecadores, y como tal la purifica y la santifica, de la misma manera los cónyuges habrán de aceptarse mutuamente en todos los conflictos, deficiencias y culpabilidades que les vayan saliendo al paso.

Pero lo que acabamos de decir sería imposible si no fuera por el otro sentido que descubre San Pablo. La entrega entre hombre y mujer no es sólo imagen y semejanza de la entrega de Cristo a su Iglesia, sino, también y sobre todo, signo actualizante, manifestación efectiva del amor y fidelidad de Dios, otorgados en Jesucristo. Es decir, el amor y la fidelidad humanos de los cónyuges son asumidos por el triunfo pascual del amor de Dios en la cruz de Cristo. Y por eso el matrimonio es un sacramento, ya que, además de significar el amor de Dios, lo comunica. Con un doble efecto. Primero, cura la desintegración del ser humano causada por el pecado, integrando el sexo y el erotismo dentro de un complejo superior de relaciones humanas, societarias y religiosas: es lo que la tradición cristiana ha llamado «remedio de la concupiscencia». Y este primer efecto curativo hace posible otro más importante: la santificación de los cónyuges, es decir, que la vida común dentro del matrimonio sirva a la glorificación de Dios y al crecimiento de la vida divina de los esposos.

- ***EL MATRIMONIO, OBRA DEL ESPÍRITU***

«Mira con bondad a estos hijos tuyos,
que, unidos en Matrimonio,
piden ser fortalecidos con tu bendición.
Envía sobre ellos la gracia del Espíritu Santo,
para que tu amor, derramado en sus corazones,
los haga permanecer fieles en la alianza conyugal».

Aquí llegamos al último secreto del Matrimonio. Si, como acabamos de decir, este sacramento no sólo significa el amor de Dios, sino que lo comunica, el agente que realiza este trasvase no podía ser otro que el Espíritu Santo, la Persona-Amor, el Dador de vida, el que nos hace capaces de vivir la misma vida de Dios. En efecto, ningún sacramento manifiesta mejor la acción peculiar del Espíritu como este sacramento del amor; porque aquí el Espíritu hace posible vivir en la carne y desde la carne la riqueza de las relaciones intratrinitarias, el amor mismo que es Dios. Al Espíritu, pues, le debemos que el amor conyugal tenga las siguientes calidades:

1) *Un amor personal*. Es decir, un amor que acepta al otro en cuanto otro, sin pretender anularlo o dominarlo; porque, al mismo tiempo que une entre sí a dos personas de la forma más íntima, las deja libres en su peculiaridad personal. Y un amor que tiene por destinatario a una persona, no sólo a un cuerpo; y que, por eso, convierte la relación sexual en la forma privilegiada de expresión y comunicación de la entrega total a ella.

2) *Un amor total*. Es la forma más completa de unión personal entre el hombre y la mujer porque abarca la totalidad de la persona de los cónyuges en todas sus dimensiones. La persona es cuerpo, y el Espíritu crea la atracción mutua y esa liturgia natural que es el encuentro sexual. La persona es afecto, y el Espíritu produce esa salida de sí mismo que lleva a convertir al otro en el centro de mi vida. La persona es libertad, y el Espíritu hace capaz de pronunciar un «sí» que compromete toda la vida. La persona es apertura a Dios, y el Espíritu convierte este amor humano en vehículo para llegar hasta Dios.

3) *Un amor fecundo*. Pertenece a la naturaleza del amor el salir de sí mismo. Por eso, un amor verdadero no puede pretender quedarse en sí mismo, sino que intenta ser fecundo. Y el Espíritu se encarga de que el hijo, como fruto del amor mutuo, no sea como un elemento externo y accidental, un cuerpo extraño en el amor de los cónyuges, sino que constituya su realización y plenitud.

4) *Un amor fiel*. La libertad es la capacidad que tiene el hombre de tender a lo definitivo, de acercarse a la incondicionalidad del amor divino. Por eso se opone a la arbitrariedad que, en nombre de la libertad, piensa que se puede empezar siempre de nuevo, eliminando toda decisión anterior. Si todo puede ser sometido de nuevo a revisión, todo pierde seriedad y se convierte en indiferente. Sólo si existen decisiones irreversibles puede la vida ser un riesgo y una aventura. Por eso el Espíritu concede a los cónyuges la capacidad divina de comprometerse irreversiblemente, llevando así su libertad a la máxima realización.

5.5. APLICACIONES PRÁCTICAS

Todos los sacramentos en general nos llevan a vivir la unión con Jesucristo a través del Espíritu Santo. No pueden existir sacramentos sin la acción directa del Poder de Dios.

A los cristianos, el Espíritu, nos santifica sacramentalmente, para asumir la misión de la Iglesia con Poder y decisión, con audacia y corazón valiente, con riesgos y con el respaldo de Dios.

El Espíritu no compromete ante el mundo a dar testimonio, a vivir comunitariamente, a comprometerse con los hermanos, a luchar por la libertad, a vivir dignamente.

La fortaleza para la misión la tenemos viviendo en intimidad con el Espíritu de Dios a través de la oración.

6. SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU SANTO

Antes de reflexionar sobre el Espíritu y su presencia en los creyentes, en la Iglesia y en el mundo, hemos de intentar clarificar a qué Espíritu nos referimos. Pero ésa no es tarea fácil.

Estamos acostumbrados en nuestra vida cristiana a centrarnos en la persona de Cristo, y cuando oramos, ordinariamente nos dirigirnos al Padre. El Padrenuestro es nuestra plegaria habitual, tanto a nivel personal como comunitario y litúrgico. Todo esto es correcto.

Pero en esta referencia nuestra al Padre y a Jesús, el Hijo, solemos olvidar al Espíritu. O si lo mencionamos, añadiendo *en el Espíritu Santo*, no tenemos conciencia de la dimensión personal del Espíritu. El Espíritu tiene siempre un carácter anónimo, impersonal, difuso, algo que se nos diluye y que no podemos concretar. El Espíritu está siempre rodeado de misterio y de silencio. Es una dimensión oscura de Dios, que permanece siempre oculta, impalpable, kenótica, es decir, como vacía de contenido.

Por eso, el Espíritu en la Escritura se nos revela a través de unos símbolos que son fluidos e impersonales, aunque sumamente dinámicos. El Espíritu aparece más como verbo que como sustantivo; es ante todo acción, dinamismo. Enumeremos algunos de estos símbolos a través de los cuales se nos manifiesta el Espíritu en la Escritura.

Aunque muchos de ellos seguramente son bastante conocidos, una exposición de toda esta simbología nos ayudará a aproximarnos de algún modo a la riqueza del Espíritu. Esta base es necesaria para luego profundizar sobre la teología y la praxis del Espíritu en nuestra vida personal, en la Iglesia y en el mundo.

Los símbolos son realidades materiales (inmanentes) que nos permiten descubrir o dejar ver (revelar) realidades mucho más grandes o trascendentes. Los símbolos del Espíritu Santo no dicen quién es el Espíritu, su función es mostrar qué hace, cómo se manifiesta y de qué manera obra el Espíritu en el cristiano.

Nuestra intención es presentar algunos símbolos del Espíritu Santo para buscar esa relación de intimidad con el Amor Eterno de Dios y que sus acciones se manifiesten libremente en nosotros.

A continuación, presentamos solamente siete símbolos del Espíritu de Jesucristo, tal vez los más conocidos y con significaciones mucho más definidas.

6.1. EL AGUA VIVA

a) EL AGUA VIVA EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Evangelio según Juan, el Espíritu Santo se presenta como el agua viva que brota hasta la vida eterna, quien beba de esa agua no tendrá sed y que puede hacer que quien se adhiera a Jesucristo se convierta en un manantial por donde corre el agua de la vida, para que su existencia se mantenga refrescada por el amor (Cf. Jn 4,4-15; 7,37-39).

Del costado de Jesús crucificado brota sangre y agua (Jn 19,34). Nuestro Salvador nos entrega su Espíritu al morir en la cruz para que vivamos como resucitados.
En el libro del Apocalipsis de Jesucristo nos señala elementos muy interesantes del Espíritu como río de agua viva, que sale del trono de Dios y del Cordero, genera árboles de vida y su fruto es para todo el mundo (Cf. Ap 22,1-2).

Sin embargo, para disfrutar de esa agua viva es necesario tener sed. Es gratis, es para todo el mundo, no tiene límites. La persona que desea vivir con la fuente de vida plena para ser libre y feliz, es importante que reconozca que tiene sed que necesita una existencia refrescada por el Espíritu Santo (Cf. Jn 7,37-39; Ap 22,17).

Bautizar significa sumergirse. Por ello, al bautizarnos, nos sumergimos en el Espíritu Santo. De manera que no es solamente beber el agua del Espíritu, además es sumergirse en Él, es decir, estar totalmente rodeado, mojado, imbuido en el Espíritu de Dios para tener una existencia impregnada del Amor de Dios.

b) USOS COMUNES DEL AGUA

El agua tiene utilidad en la vida cotidiana del ser humano, al observarlos podemos meditar lo que hace el Espíritu Santo en el cristiano.

El agua **alimenta, fortalece, anima, calma la sed, refresca**, eso significa que la persona que vive en el Espíritu se siente renovada desde dentro.

Además, el agua **lava** alejando las manchas, **limpia** dejando todo resplandeciente, purifica para que no queden basuras. Eso mismo hace el Espíritu de Amor en el creyente.

El agua también se utiliza para **transportar, para generar energía y para mover con su fuerza**, no es fácil mantenerla quieta y cuando es abundante se libera rompiendo diques, represas y arrasando con lo que le estorba a su paso. De igual manera el Espíritu es poderoso y deja en libertad al cristiano, al mismo tiempo que lo empuja a vivir con audacia la experiencia de Jesucristo en la comunidad y en la sociedad.

El agua que permanece estática se pudre y empieza a oler a feo, por eso el Espíritu de Dios se representa como agua viva, agua que brota, manantial que **fluye**, pues oxigena todo a su paso, fructifica lo que toca y revive lo que está muerto.

c) CONCLUSIÓN

Necesitamos dejarnos bautizar y llenar del Espíritu de Dios para que nuestras vidas se fortalezcan, se muevan, vivan en libertad, mantengan la vitalidad y refresquen todo lo que tenemos a nuestro alrededor.

Vivamos la intimidad con el Espíritu Santo para que nuestra existencia este siempre fresca y resplandeciente.

6.2. EL FUEGO

a) EL FUEGO EN EL NUEVO TESTAMENTO[18]

El fuego es uno de los símbolos del Espíritu Santo que tiene muchas referencias en la comunidad cristiana. Vamos a mirar algunos ejemplos que nos permitan acercarnos al Espíritu de Dios y sus acciones que se parecen al fuego.

Juan el Bautista dice que Jesús va a bautizar con agua y con fuego, como queriendo señalar que quien viene va a calentar a los hombres y mujeres que han dejado enfriar su relación con Dios (Mt 3,11; Lc 3,16).

Jesús señala que ha venido a arrojar fuego y que desearía que ya estuviera ardiendo, para que todos vivieran lo que Él mismo estaba viviendo como Hijo de Dios (Lc 12,49).

El día de Pentecostés se le "aparecieron a los Apóstoles lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos y quedaron llenos del Espíritu Santo" (Hch 2,3). De manera que para vivir a Jesucristo vivo y resucitado en el corazón cristiano es necesario que arda, como ocurría con los discípulos que iban para Emaús (Lc 24,32).

Los hermanos que asumen a Jesucristo resucitado en su vida, se vuelven fervorosos en el servicio que realizan (Cf. Rm 12,11) y contagian ese calor a quienes comparten o son destinatarios de tal actividad.

Es por eso que Pablo nos dice: "No extingan el Espíritu Santo" (1 Tes 5,19), como si fuera un fuego que se puede apagar. A Timoteo le insiste que avive el fuego que hay en él (2 Tim 1,6) para que su servicio se mantenga vivo en el amor a Jesucristo.

b) USOS COMUNES DEL FUEGO

Cuando nos encontramos con frío pensamos en un poco de fuego que **caliente** y facilite a nuestro cuerpo mantener una temperatura adecuada. De igual manera el Espíritu calienta nuestro corazón, mente y voluntad para que la vida de servicio este a una adecuada temperatura de manera que los hermanos la puedan disfrutar favorablemente.

El fuego funde los metales para que se unan en uno solo. Así mismo el Espíritu de Dios nos **funde en la unidad** para vivir como un solo Cuerpo y nuestro testimonio sea de amor, unidad y servicio.

En los momentos de oscuridad necesitamos de un fuego que **ilumine** para que se disipen las tinieblas y se observen los obstáculos. El Espíritu de Jesucristo nos ilumina el camino para identificar los peligros, evitar los obstáculos y prever los accidentes, para que toda obra buena llegue a feliz término.

El fuego también lo utilizamos para **purificar y quemar** todo aquellos que contamina y obstaculiza. Al observar lo que el Espíritu de Amor realiza en la vida del cristiano, se concluye que Él también purifica del pecado para que al final solo queden cenizas.

---

[18] Puede leerse una orientación realizada por el P. Diego Jaramillo en la Revista Fuego. Agosto de 2002. Pág 5-7. Bogotá D.C.

Cocinar es una actividad donde necesitamos el fuego, pues permite que el alimento quede útil y nutritivo para el organismo humano. De manera que el Espíritu nos capacita para volvernos alimento útil y nutritivo para la familia y la comunidad cristiana.

c) CONCLUSIÓN

Cuando permitimos al Espíritu de Dios que habite y obre libremente en nuestra vida, empezamos a experimentar un calor que quema y destruye el pecado, alienta para la misión y hace que arda el corazón para que el servicio se realice con pasión, con tenacidad y con entusiasmo.

Tal vez existan personas que no le permiten al Espíritu de Dios arder como un fuego y sus vidas se llenan de monotonía, sombras y sin sabores.

En necesario entonces, alzar la voz y decir: “Ven, Espíritu divino... infunde calor de vida en el hielo...”

6.3. EL VIENTO

Dios se manifiesta como viento suave al profeta Elías (1 Rey 19,9-14). La presencia de Dios es suave, refrescante, acogedora y pacífica.

Jesús nos dice que el Espíritu sopla donde quiere y por tanto se puede mover en libertad al mismo tiempo que libera (Cf. Jn 3,8). Después de la resurrección de Jesucristo, se presenta donde sus apóstoles y sopla sobre ellos para que reciban el Espíritu Santo y tengan poder para perdonar pecados (Jn 20,22).

Los Hechos Apostólicos nos señalan que el día de Pentecostés llego el Espíritu como un viento fuerte que lleno toda la casa (Hch 2,2-4).

El Espíritu de Dios se manifiesta como viento, es decir, sencillo, humilde, refrescante y al mismo tiempo que llena y que mueve a vivir las maravillas del Amado.

a) USOS DEL VIENTO

El **viento mueve, empuja, llena las velas del barco** para dar movimiento a la nave. Del mismo modo, al cristiano, el Espíritu poderoso, lo mueve a dar testimonio de Jesucristo y a manifestar la presencia de Dios en todo momento a través de conversiones, sanaciones y vida comunitaria coherente.

Desordena y ordena al mismo tiempo nuestro viento. Al observar al Espíritu de Dios vemos que desordena la vida del cristiano para ordenarla de manera coherente con la voluntad del Padre. No desordena para dejar mal sino para restituir el orden de cosas como Dios las quiere.

El viento se utiliza para **avivar** el fuego y que éste arda y consuma todo a su alrededor. De igual manera el Espíritu de Amor aviva en el cristiano la necesidad de creer, de orar, de vivir en Jesucristo.

Otra manera como percibimos al viento es como el que **suaviza y refresca** en los momentos de acaloramiento y aridez. También el viento fuerte es utilizado para **limpiar** cuando algo se encuentra sucio. Al ver lo que realiza el Espíritu Santo podemos constatar que realiza las mismas acciones señaladas anteriormente.

T A R E A: El estudiante ha podido observar tres ejemplos la manera como se puede hablar de los símbolos del Espíritu Santo. Ahora debe tomar los esquemas que siguen a otros símbolos del Espíritu y desarrollarlos como artículos para una revista de temas cristianos.

Esos artículos que el estudiante va a realizar deben ser claros, bien expresados y que el lector se emocione al leer las maravillas del Espíritu Santo en el cristiano. ¡Manos a la obra!

6.4. **EL SELLO** (esquema de predicación)

Actividad: Un estudiante realizará la siguiente predicación:

- El sello
- Debe organizar previamente la predicación y luego presentarla ante el grupo. El formador colabora afianzando las ideas principales.

Jn 6,27: El Hijo del hombre es marcado con el sello de Dios
2 Cor 1,22: El cristiano es marcado con el sello
Ef 1,13: Sellados con el Espíritu Santo de la promesa por hacer aceptado a Jesucristo
Ef 4,30: Sellados para el día de la redención
1 Pe 1,19: Sellados con la Sangre de Cristo el Cordero inmolado
Ap 9,4: Sellados con la sangre de Cristo y protegidos del mal.

a) USOS DEL SELLO

- Para marcar como signo de pertenencia
- Para autenticar como original, hijo de Dios
- Para separar de un grupo elegido, santidad
- Para proteger de manera especial, alianza
- Para privilegiar la diligencia
- Para exaltar los privilegios

6.5. **LA PALOMA** (esquema de predicación)

Actividad: Un estudiante realizará la siguiente predicación:

- La paloma
- Debe organizar previamente la predicación y luego presentarla ante el grupo. El formador colabora afianzando las ideas principales.

Una de los símbolos del Espíritu Santo más difundidos

- Gn 1,2: El Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas primordiales
- Gn 8,6-12: la paloma del Arca de Noé
- Jn 1,32: El Espíritu Santo viene a Jesús como una paloma

- Lc 3,21-22: Bautismo de Jesús

a) PALOMA QUE ANIDA EN JESÚS Y EN EL CRISTIANO

- Presencia del Espíritu Santo
- Llenura
- 1 Cor 2,9-16

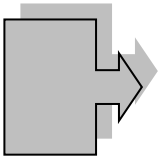
b) PALOMA QUE DA CRIA EN JESÚS Y EN EL CRISTIANO

- Carismas
- Frutos
- Otras acciones del Espíritu

c) SÍMBOLO DE LIBERTAD Y PAZ

- Victoria con humildad y esfuerzo
- Proyección por el vuelo
- Fidelidad a su nido

6.6. **LAS ARRAS – PRENDA** (esquema de predicación)



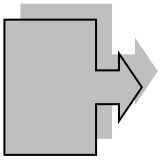
Actividad: Un estudiante realizará la siguiente predicación:
- Las arras – prenda
- Debe organizar previamente la predicación y luego presentarla ante el grupo. El formador colabora afianzando las ideas principales.

- 2 Cor 1,22: el Espíritu Santo es las arras de Dios en nuestro corazón
- 2 Cor 5,5: Arras del Espíritu Santo para vivir revestido de Dios
- Ef 1,13-14: El Espíritu Santo es prende de nuestra herencia par la redención
- 1 Pe 1,3-5: Herencia incorruptible
- Rm 8,22-24: poseemos las promesas del Espíritu Santo para ser rescatados

a) USOS COMUNES DE LAS ARRAS – ANTICIPO

- Para garantizar la realización de un negocio
- Para asegurar el futuro de un negocio
- Para anticipar la entrega de un gran paquete
- Para tranquilizar la paciente esperanza

6.7. **EL ACEITE** (esquema de predicación)



Actividad: Un estudiante realizará la siguiente predicación:
- El aceite
- Debe organizar previamente la predicación y luego presentarla ante el grupo. El formador colabora afianzando las ideas principales.

a) LA UNCIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

- Lc 4,1: La llenura del E.S.
- Lc 4,16: La unción del E.S.
- 1 Jn 2,20.27: Ungidos...

b) USOS COMUNES DEL ACEITE

- Para que en la batalla se evada al enemigo
- Como cosmético para embellecer
- Como combustible para calentar e iluminar
- Como medicamento para curar
- Para cocinar y hacer el alimento útil y nutritivo
- Como suavizante para eliminar el calentamiento causado por la fricción

c) UNGIDOS CON EL PODER DE DIOS

- Para servir
- Para dar testimonio
- Para manifestar con señales la presencia del Reino de Dios

7. LA META DEL ESPÍRITU SANTO[19]

El Espíritu Santo tiene una gran meta en el cristiano como se encuentra descrita en 2 Cor 3,18: *"Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu".*

Debemos dejarnos transformar en imagen de Jesucristo para transparentarlo en todo momento y vivir santamente. De manera que la santidad se expresa en términos de transparencia y se logra mediante la transformación (metamorfosis) que realiza el Espíritu Santo en el creyente.

Surge las preguntas: ¿Cómo caminar hacia la transformación en Jesucristo? ¿Qué otras metas debo alcanzar antes de llegar a la santidad? ¿Qué debo asumir y qué debo dejar para realizar el recorrido de la mejor manera? ¿Cómo mantener una disciplina en el camino de santidad?

7.1. PRIMERA META: SER LIBRE Y FELIZ

La primera meta: ser libre y feliz se alcanza mediante el desprendiendo de los apegos, pues la causa del sufrimiento son los apegos, como señalaba un maestro espiritual y por tanto las personas sufren porque quieren. Sin embargo, la libertad se experimenta en el desprendimiento (desapego) y la felicidad en el dar, pues: "hay más alegría en dar que en recibir" (Hch 20,34).

Lc 9,57 podemos observar tres desprendimientos que debe vivir el discípulo de Jesús:

v.v. 57-58: desprendimiento de las "cosas"; libertad ante el mundo
v.v. 59-60: desprendimiento de las personas; libertad ante las personas
v.v. 61-62: desprendimiento del pasado; libertad ante el pasado

Los apegos son causados por la inseguridad que tenemos ante muchas circunstancias, y eso lleva a unas raíces más profundas que son el miedo y la culpa. Así que el miedo y la culpa nos llevan a buscar seguridades en "cosas", personas o en el pasado. De manera que nos alejan de Jesucristo y nos sumergen en la idolatría y la alienación (o tal vez son lo mismo).

7.2. SEGUNDA META: COMUNIÓN CON DIOS

La segunda meta es vivir en comunión con Dios. Sobre el tema se habla mucho y en los cursos sobre la oración se profundizará muchísimo, así que aquí presento los elementos fundamentales.

a) LA COMUNIÓN CON DIOS EN LA BIBLIA

[19] Tomado del curso VIVIR EN EL ESPÍRITU, elaborado por Manuel Tenjo para la Escuela de Evangelización San Gabriel, MINAS, Bogotá, 2007.

La comunión nos conduce a vivir en la intimidad con Jesucristo. Vivir en comunión – intimidad con Dios trae muchas bendiciones, entre ellas, saber vivir en libertad y responsabilidad, en alegría y compartir con los demás los dones dados por Dios. Se va encarnando la actitud de misericordia para establecer sanas relaciones humanas.

La comunión es algo muy reclamado por Dios en el A.T. y buscado constantemente en el N.T.

☞ Leer y señalar los elementos y bendiciones que trae la comunión con Dios:

- Salmo 91 (90)
- Jn 15,1-8

Existe una gran insistencia en la comunión del hombre con Dios para vivir y gozar de su plenitud.

b) HERRAMIENTAS PARA VIVIR LA COMUNIÓN

Los elementos fundamentales se encuentran en Hch 2, 42: *"Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones".* Señala cuatro elementos para vivir la comunión con Dios:

- La enseñanza de los apóstoles: la lectura diaria de la Biblia te coloca en comunión con Dios, pues allí Él te habla.
- La comunión: la vida en comunidad te conduce a vivir en comunión con Jesucristo, pues la Iglesia es el Cuerpo de Cristo.
- La fracción del pan: la Eucaristía y en general los sacramentos te llevan vivir en comunión con Jesucristo, pues Él se entrega a ti para que tú seas su casa, para vivir en intimidad.
- Las oraciones: te llevan a la comunión y a la intimidad con Dios, pues con Él dialogas y estableces una relación crecimiento.

7.3. TERCERA META: LA SANTIDAD: REFLEJO DE LA GLORIA DE DIOS

La santidad es un camino y una meta, es decir, es una manera de viajar por la vida y al mismo tiempo es el llamado constante de los que viven en comunión con Dios. La santidad lleva al cristiano a transparentar la presencia de Dios en todo lo que realiza, vive constantemente en fe, pues hace posible lo que parece imposible y de las actividades ordinarias saca "cosas" extraordinarias, se arriesga a crecer ilimitadamente pues confía totalmente en Dios.

8. CONCLUSIONES: ESCUCHAR EL ESPÍRITU EN LA ACTUALIDAD[20]

De ordinario, al hablar del Espíritu acentuamos su dimensión silenciosa, suave, como el susurro de la suave brisa de Yahvé que Elías percibió en la cueva del Horeb (1 Re 19,12). Esto es real, pero no podemos olvidar que el Espíritu a veces actúa de forma más tempestuosa y huracanada. El Espíritu no sólo es susurro, es también clamor, grito, gemido, llanto, lamento.

Por lo general, ni los diccionarios bíblicos ni las grandes síntesis teológicas modernas suelen hablar del clamor, y menos aún del clamor del Espíritu. Sin embargo, tanto la Escritura como la tradición de la Iglesia, y actualmente las Iglesias del tercer mundo, son muy sensibles a este clamor del Espíritu.

Para comprenderlo hemos de tener en cuenta que, en el Antiguo Testamento, según los especialistas técnicos (Gunkel, Sarna, Miranda, Sivatte...), la palabra clamor (saaq) significa *queja contra la injusticia infligida+. Esto significa que no hablamos directamente del gemido o clamor ligado a la naturaleza humana, como el llanto del niño o el sufrimiento del anciano enfermo. Nos referimos más bien al clamor que brota de situaciones injustas, no queridas por Dios.

Y creemos que a través de este clamor de la injusticia sufrida se descubre la presencia misteriosa pero real del Espíritu que clama pidiendo justicia, derecho, reconciliación, paz.

Juan Pablo II, en su encíclica sobre el Espíritu Santo (Dominum et vivificantem), varias veces citada, dedica toda la segunda parte (nn. 2748) a dilucidar cómo el Espíritu convence al mundo en lo referente al pecado, comentando el texto de Jn 16,8-11.

El Espíritu, según Juan, rehará el juicio de Caifás, Herodes y Pilato sobre Jesús, donde triunfó el pecado y la injusticia, y demostrará que Jesús era justo y santo. Pero esta tarea continúa a lo largo de la historia, y el Espíritu clama siempre que se produce una injusticia. El clamor del Espíritu, manifestado a través del clamor de los que sufren injustamente, arguye al mundo de que esta situación es pecaminosa, contraria al plan de Dios y contraria al Reino.

Sin pretensión alguna de ser exhaustivos, veamos cómo en las Escrituras se escucha este clamor del Espíritu a través del grito de los que sufren injustamente:

- la sangre de Abel, muerto injustamente por Caín, clama al cielo (Gn 4,10);
- el clamor de los israelitas que sufren opresión en Egipto sube hasta Dios, que escucha su clamor y envía a Moisés a liberarlos del faraón (Ex 2,23-25; 3,7.10); en el credo de Israel se recoge cómo Dios escuchó el clamor del pueblo oprimido en Egipto (Dt 26,7-8);
- David agradece a Yahvé que haya escuchado su clamor y lo haya liberado de las manos injustas de Saúl (2 Sm, 22,7);
- al regresar del exilio, Nehemías resume la historia del pueblo diciendo que Dios escuchó a los que clamaban a Él y los liberó (Neh 9,27-28);

[20] V. Codina. (2008). *No extingáis el Espíritu. Una iniciación a la Pneumatología.* Sal Terrae, Santander.

- en el cántico de la viña se dice que, en Israel, en vez de justicia, se escucha el clamor de los oprimidos (Is 5,7);
- en el cielo nuevo y la tierra nueva, en cambio, ya no se escucharán sollozos de tristeza ni gritos de angustia (Is 65,19);
- en los salmos es constante el grito del clamor del 'pueblo pidiendo justicia; el salmo 130, *desde el abismo* (De profundis), puede resumir todo este clamor (Sal 130,1-2); es el clamor de Jonás en el vientre del cetáceo, desde el lugar de los muertos, clamor que anticipa el de Jesús en la cruz (Jon 2,2).

En el Nuevo Testamento, Jesús resume todo este clamor del pueblo oprimido dirigiendo ruegos y súplicas al Padre, con lágrimas y grandes clamores (Hb 5,7). Este clamor alcanzará su culmen en el grito final en la cruz, grito de dolor, de abandono y de entrega confiada al Padre (Mt 27,46; Lc 23,46; Mc 15,37).

Este Espíritu es el que clama en nosotros hacía el Padre (Rm 8,15; Ga 4,6), como hemos visto ya, y el Espíritu que clama en la creación pidiendo su liberación de la esclavitud (Rm 8,22-23), como veremos luego más ampliamente.

La Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, es un inmenso clamor al Padre pidiendo la liberación definitiva de toda injusticia y de toda muerte. Este clamor es denuncia del pecado, es petición de justicia, es configuración con el clamor del crucificado, es confianza en Dios, son dolores de parto, es oración... La oración es, en el fondo, el clamor confiado del pueblo creyente al Padre, como lo ha recogido la Liturgia de las Horas: *Señor, escucha mi oración, llegue hasta ti mi clamor*.

Pero detrás de este clamor multiforme está el Espíritu, que clama por un mundo nuevo, por el Reino de Dios, por la realización de la misión de Jesús. La mano del Espíritu ayuda y colabora a la mano del Hijo, a la misión de Jesús.

Por eso, como insinuábamos antes, sería oportuno que en la eucaristía, junto a la primera epíclesis (que pide al Espíritu la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo) y la segunda (que pide al Espíritu que la comunidad reunida junto al altar se convierta en el cuerpo eclesial de Cristo), se añadiese una tercera epíclesis que acogiese este clamor del Espíritu en la historia y pidiese que venga el Reino de Dios a nuestro mundo.

Porque este clamor no es algo exclusivo de los tiempos bíblicos ni algo del pasado. Ya hemos visto hasta qué punto la Iglesia en el pasado ha ido escuchando o no este clamor.

Pero el Espíritu sigue clamando hoy desde la historia, desde los signos de los tiempos, desde el clamor del pueblo. Y esto interpela a toda la Iglesia, que no puede ser sorda a dicho clamor. Por eso ahora concretaremos algo más los diversos clamores del Espíritu que se escuchan en nuestro tiempo.

8.1. EL CLAMOR DE LA RAZÓN

Es difícil expresar en forma sintética y breve lo que entendemos por clamor de la "razón". Bajo la expresión *razón+ incluimos el mundo de la Ilustración moderna, concretamente la llamada *primera Ilustración+ (que puede simbolizarse en Kant), que pide que las personas se atrevan a pensar; es el mundo de la técnica y del progreso científico, de los nuevos humanismos, de la sociología, de la economía, de la política, de las nuevas corrientes filosóficas y antropológicas, de la psicología, de la cibernética, etc. Podríamos resumirlo en la expresión del Vaticano II que habla acerca de la legítima *autonomía de la realidad terrena+ (GS 36).

La Iglesia primitiva hizo un gran esfuerzo por escuchar la filosofía de su tiempo. El filósofo y teólogo mártir Justino dialoga con Platón y habla de las semillas del Verbo presentes en la humanidad. Los Padres de la Iglesia, tanto orientales como occidentales, asumen y utilizan categorías platónicas y neoplatónicas de su tiempo, y lo mismo hizo Tomás con el aristotelismo, Trento no rehúsa emplear expresiones aristotélicas y escolásticas para hablar de la eucaristía (por ejemplo, la transubstanciación). Pero este esfuerzo por dialogar con la razón se va debilitando a medida que avanza la razón ilustrada de la Modernidad, hasta cerrarse frontalmente a ella.

Le cuesta mucho a la Iglesia aceptar la autonomía de las cosas creadas, de la razón, de la política, del arte, de la ciencia e incluso de la moral. La Iglesia se siente Madre y Maestra, Señora y Emperatriz de la verdad, y cree que desde la fe se pueden resolver todos los problemas[21].

Acostumbrados durante los siglos de Iglesia de cristiandad a considerar que la filosofía era la esclava de la teología, que la Iglesia era la única que daba sentido a la realidad, la que poseía la verdad de todas las cosas y tenía respuesta para todas las preguntas; que la política, el arte, la ciencia y la economía no gozaban de autonomía propia; que los reyes eran reyes por la gracia de Dios, consagrados a veces por el mismo Papa; que el arte era sagrado; que la Iglesia podía imponer a los Estados confesionales sus leyes eclesiásticas sobre moral, matrimonio o política..., algunos cristianos tradicionales seguramente se sienten hoy extrañados ante el cambio operado por el Vaticano II y añoran la Iglesia de cristiandad anterior al Vaticano II, a la que querrían regresar de nuevo.

El Vaticano II nos exhorta a cambiar de postura mental y a reconocer que el Creador ha dado a las cosas su propia consistencia (GS 36), que las realidades *profanas* y las de la fe tienen un mismo autor, que la Iglesia recibe mucha ayuda del mundo moderno (GS 44), que los obispos no tienen respuesta inmediata a todas las cuestiones, incluso graves, que puedan surgir (GS 43).

[21] En la primera Conferencia general del episcopado latinoamericano, convocada por Pío XII en Río de Janeiro en 1955, se afirmaba: “La Santa Iglesia es la depositaria de la verdad por disposición de Dios; la doctrina cristiana se funda en principios eternos e indestructibles de la verdad divina y, por lo tanto, tiene la solución a todos los problemas.”

Razón y fe, lejos de oponerse, son las dos alas del pensamiento que se complementan y enriquecen mutuamente, como ha afirmado Juan Pablo II en su encíclica Fides et ratio (1998).

8.2. EL CLAMOR DE LOS POBRES

De ordinario, el primer mundo es muy sensible a los desafíos de la razón moderna, de la llamada *primera Ilustración*, que pide respetar la autonomía de las realidades creadas y exige a la Iglesia una postura diferente frente al mundo autónomo y laico de hoy. Hay teólogos europeos que dan la impresión de que el problema de la Iglesia se reduce a transformar sus estructuras internas, reformar sus ministerios, renovar la moral sexual, dialogar con la ciencia y las religiones y respetar los derechos humanos (sobre todo de los teólogos) en la Iglesia. Todo esto, por legítimo y necesario que sea, es totalmente insuficiente. Desde el Tercer mundo se ve claramente que hay que escuchar otro clamor del Espíritu, el clamor que proviene de los pobres.

Como hemos visto anteriormente, el clamor del Espíritu es mayormente un clamor profético que pide justicia, es el clamor de los que sufren injustamente. Es el clamor de Abel, de los israelitas en Egipto, de los desterrados en Babilonia, de los injustamente marginados y excluidos en tiempos de Jesús: pecadores, leprosos, enfermos, mujeres, niños, samaritanos, pueblo pobre... Jesús, como el Yahvé del Éxodo, escucha su clamor, se compadece de ellos, siente que se le conmueven las entrañas, los sana, los perdona, los integra en la sociedad, los defiende, come con ellos, les da de comer, se identifica con ellos de tal modo que el juicio final versará sobre el modo en que hayamos actuado con respecto a ellos (Mt 25,31-45).

Más aún, como ya hemos visto, Jesús compendia y resume en su propia existencia este clamor: en los días de su vida mortal clama con lágrimas al cielo (Hb 5,7), y en la cruz muere clamando al Padre (Mc 15,33-37; Mt 27,45-50; Lc 23,46). El Padre lo escuchará, no liberándolo de la muerte, sino resucitándolo.

A través de este clamor de los pobres es el Espíritu el que clama pidiendo justicia y liberación de la opresión, es el clamor por el Reino, por la nueva tierra y el nuevo cielo. El Espíritu de justicia que ungió a reyes y profetas y al mismo Jesús (Lc 4,16-21) es el que clama a través de los pobres del mundo.

La Iglesia, desde su nacimiento en Pentecostés, ha sido sensible a este clamor, y los sumarios de los Hechos de los Apóstoles reflejan esta inquietud de la comunidad de Jerusalén por edificar un mundo fraterno y solidario con los pobres (Hch 2,42-47; 4,32-35). Toda la historia de la Iglesia es una continua escucha y respuesta a este clamor.

Como ha desarrollado Benedicto XVI en su encíclica Dios es amor, junto al kerigma y la liturgia, la Iglesia ha ejercido siempre la diaconía, el servicio a los pobres (n. 25). Esta diaconía ha ido adoptando, a lo largo de los siglos, diversas formas de servicio: a pobres, encarcelados, huérfanos, viudas, extranjeros, cautivos, enfermos... (nn. 20-25). Desde el siglo XIX, esta diaconía de la Iglesia no se limita a la caridad, sino que busca cambiar las estructuras injustas de la sociedad, en la línea de la doctrina social de la Iglesia (nn. 26-29).

A la luz del clamor del pueblo pobre y cristiano, muchos se preguntan cómo deberíamos valorar la religiosidad popular, la fe del pueblo. ¿Cómo deberían ser nuestras liturgias, nuestras catequesis y homilías si escucháramos de verdad el clamor de los pobres? ¿Acaso los pobres entienden los documentos del magisterio de la Iglesia, del mismo modo que los pobres del tiempo de Jesús entendían sus parábolas?

Si es verdad que a los pequeños, pobres y sencillos les han sido revelados los misterios del Reino, ocultados a los sabios y prudentes (Lc 10,21), ¿no deberíamos escucharlos y dejarnos evangelizar por ellos? ¿Estamos convencidos de que el único sacramento necesario para la salvación es el sacramento del pobre[22], fuera del cual no hay salvación[23]?

8.3. EL CLAMOR DE LA TIERRA

Cuando se comparan los bellos poemas del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal en su Cántico cósmico sobre el surgimiento de las galaxias, de los océanos azules, de los peces y de las selvas... con la realidad actual de nuestro planeta, uno se siente sobrecogido por la capacidad destructora de los seres humanos. Este bello planeta azul que los austronautas divisaron desde el espacio está hoy enfermo. La Tierra se nos muere.

Hoy ya es de dominio común que la naturaleza está en peligro y que la misma humanidad corre el riesgo de perecer si no se frena a tiempo la loca carrera depredadora del mundo moderno occidental. El medio ambiente se está destruyendo: los ríos y océanos están contaminados; el aire, polucionado; se destruyen los bosques; el suelo fértil se erosiona; hay desertización de terrenos; faltan recursos hídricos y agua dulce; el *efecto invernadero*, debido a la combustión de carburantes fósiles, provoca un calentamiento global de la tierra (con daño para los ecosistemas, deshielo de los polos, subida del nivel del mar, inundaciones, sequías, escasez de alimentos, insalubridad y enfermedades..), con consecuencias catastróficas para la supervivencia humana; se extinguen especies; se agota la pesca; disminuye la biodiversidad; se rompe el equilibrio ecológico; hay peligro de destrucción nuclear; la ingeniería genética puede provocar efectos quizás irreversibles...

Como reacción frente a esta situación han surgido los movimientos ecológicos, que han ido creando una conciencia mundial del peligro que amenaza a nuestra casa común, la Tierra. Las reuniones sobre ecología en Río en 1992, en Kyoto en 1997[24], y más recientemente en las Naciones Unidas, son un signo de que se está tomando conciencia de la gravedad de esta situación mundial. Al grito de los pobres se une hoy el grito de la Tierra[25].

---

[22] J. PIXLEY - C. BOFF, Opción por los pobres, Madrid 1986, 133.
[23] J. SOBRINO, Fuera de los pobres no hay salvación, Madrid 2007.
[24] J. CARRERA - J.I. GONZALEZ FAUS, Horizonte Kyoto. El problema ecológico, Cuadernos Cristianisme i Justicia, n. 133, Barcelona 2005. Como se sabe, Estados Unidos no quiso firmar el protocolo de Kyoto.
[25] L. BOFF, El grito de la tierra, grito de los pobres: hacia una ecología planetaria, México, 1996.

Indudablemente, en estos movimientos ecológicos se entremezclan intereses y actitudes muy diversas: las protestas de Green Peace; las campañas de famosos y famosas para defender los derechos de los animales; los que se manifiestan y desnudan en público para protestar contra los abrigos de pieles; los que luchan contra la extinción de las especies amenazadas, aunque a veces parecen más preocupados por la desaparición de los osos panda y de las focas que por la muerte de hambre de los niños africanos; la hipocresía de las grandes potencias responsables principales de la contaminación del medio ambiente, que no están dispuestas a reducir su nivel de vida ni a renunciar a la explotación de recursos no renovables y, en cambio, piden a los países pobres que no contaminen la naturaleza, mientras a veces los utilizan como basurero nuclear; los que consideran la naturaleza como un ser viviente (Gaya) o incluso como una divinidad viva y sagrada que merece adoración y con la que desean entran en comunión mística y cósmica...

Los cristianos hemos de ser capaces de discernir en estos movimientos ecológicos, donde se mezclan impurezas y limitaciones humanas, un kairós, un signo de los tiempos (Lc 12,56), un signo del Espíritu que mueve a la humanidad a respetar la creación, a escuchar el grito de la Tierra que gime de dolor.

Este grito actual de la Tierra se ilumina con el texto de Romanos:
La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu... (Rm 8,20-23).

El problema ecológico no es un problema meramente tecnológico, ni basta una terapia técnica. Es un problema ético, teológico, espiritual. La humanidad no ha sido fiel al proyecto creador de Dios, no ha obedecido al Espíritu creador de los orígenes y ha sometido la Tierra a sus intereses egoístas y pecaminosos. Por eso la Tierra gime pidiendo ser liberada, y el Espíritu clama desde el corazón de la Tierra para que se respete el plan del Creador.

ANEXOS

1. EL ESPÍRITU SANTO EN LA CREACIÓN

En el Credo lo confesamos como «Señor y dador de vida». Y, efectivamente, el Espíritu es la persona divina a través de la cual Dios Padre infunde la vida a todas las criaturas, las llama de la nada a la existencia.

En primer lugar, el Espíritu crea el mundo como escenario de la relación del hombre con Dios y como revelación de la sabiduría y de la bondad de Dios. Así lo intuyó la experiencia religiosa del pueblo de Israel al afirmar que, ya al principio de la creación*, «el aliento de Dios aleteaba sobre las aguas»* (Gén 1,2). O cuando cantaba: «Envías tu aliento y los creas y repueblas la faz de la tierra» (Sal 104,30). Con el término *«aliento»* o *«soplo»*, que es el que nosotros traducimos por «espíritu», querían designar la fuerza vital, la energía con la que Dios da la vida.

Por ser obra del Espíritu, que lo mantiene y renueva sin cesar, el mundo es bello y es bueno, y nos revela la bondad y la belleza de su Autor: *«Vio Dios cuanto había hecho, y todo era muy bueno»* (Gén 1,31). Todas las criaturas nos hablan de Dios y nos cuentan su presencia. Pero esto sólo es posible captarlo con los nuevos sentidos que nos regala el mismo Espíritu y gracias a los cuales podemos descubrir los signos de Dios ocultos en la realidad percibida por los sentidos naturales. Cuando, gracias a él, logramos superar la exterioridad y llegar a la realidad más profunda de todos los seres, podemos paladear la belleza del mundo, intuir la belleza del Creador y explotar en un gran himno de alabanza: *«Bendice, alma mía, al Señor: Dios mío, qué grande eres. Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto…»* (Sal 104).

Pero la obra creadora del Espíritu alcanzó su culmen en el hombre: *«Entonces formó Dios al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente»* (Gén 2,7). Enraizado y emparentado con el resto de la creación, el hombre recibe como un plus de aliento divino, que lo convierte en una criatura única. Y la razón es clara: es la única criatura hecha a imagen del Creador: *«Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, varón y mujer los creó»* (Gén 1,27). La Persona-Amor ha creado al hombre a imagen del Dios Trinitario, es decir, como persona capaz de darse y de recibir libremente, como persona capaz de amar, para que pueda compartir la misma vida amorosa de Dios y participar en ella. Por eso, todo lo que es el hombre –su ser físico, mental y espiritual–, su existencia y su destino, sólo se puede entender desde el Espíritu. Sólo desde él descubrimos por qué estamos hechos así y para qué. Los hombres que ignoran o niegan esta acción del Espíritu, entienden su ser, su existir y su meta como mera materia: nacer, crecer y morir sin dejar rastro. Los que han descubierto en su interior esta realidad sorprendente, entienden su ser, su existir y su meta como un hermoso designio de amor: nacer, crecer y alcanzar su plenitud en Dios.

Y al crear al hombre como imagen de Dios, el Espíritu lo constituye en «sacerdote» del cosmos, en mediador entre todas las criaturas y su Creador. Porque es el único capaz de llevar a Dios los seres creados, el único que puede responder conscientemente de ellos, y el único que puede hacerse voz de las demás criaturas para alabar a su Autor. De ahí que la

relación con la naturaleza implique para el hombre una exigencia ética: *«Tomó, pues, Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén (el mundo), para que lo labrase y lo cuidase»* (Gén 2,15). El hombre no puede contemplar el mundo como un simple depósito de energías para disfrutarlo sin respeto a los ritmos y equilibrios de la naturaleza. Porque la misión que se le ha confiado es custodiar y cuidar lo creado.

2. EL ESPÍRITU SANTO EN LA HISTORIA[26]

La acción del Espíritu Santo no acaba en la creación. Quien da principio a la vida del hombre, lo va a seguir y a cuidar en toda su existencia para que alcance el fin previsto por el Padre. Por eso va a actuar en la historia y a convertirla en «historia sagrada», es decir, en tiempo de encuentro con Dios y camino hacia la felicidad de la plena participación en la vida divina.

Para ello, el Espíritu crea el pueblo de Dios, un pueblo de creyentes capaz de transmitir el conocimiento de Dios a todas las naciones. Como vemos en la historia de Israel, el Espíritu constituye y guía a este pueblo a través de una triple operación: una acción directiva, una acción profética y una acción santificadora.

> *Acción directiva.* En primer lugar, el Espíritu de Dios penetra y conduce la historia de Israel actuando sobre sus jefes y haciendo que obren en nombre de Dios y sirvan de verdad al cumplimiento de los planes divinos. Así lo vemos en el gran liberador y conductor, Moisés, hombre lleno del Espíritu y que hace participar del mismo a sus colaboradores (cf. Nm 11,25) y a su sucesor Josué, a quien impone su mano para que también él esté lleno del Espíritu de sabiduría (cf. Dt 34,9). Lo mismo sucede en el caso de los Jueces, de los que se dice: «El Espíritu de Yavhé vino sobre él y fue juez de Israel» (Jue 3,9-10; cf. Jue 11,29; 13,25). Y cuando se realiza el cambio histórico de los Jueces a los Reyes, se instituye el rito de la «unción», como signo de que el Espíritu toma posesión del nuevo jefe para que conduzca fielmente al pueblo. Así sucede con Saúl (cf. 1 S 10,1-8) y con David (cf. 1 S 16,1-13).
>
> *Acción profética.* En segundo lugar, el Espíritu produce el fenómeno del profetismo, que va a convertir al pueblo en portador de la palabra de Dios. Porque el profeta es un hombre que habla en nombre de Dios y transmite a los demás todo lo que Dios quiere darles a conocer sobre el presente y sobre el futuro, como se dice en la promesa de Dios a Moisés: «Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande» (Dt 18,18). Y quien inspira a los profetas las palabras de Dios y les manda transmitirlas es el mismo Espíritu, como nos cuenta Ezequiel: «El Espíritu entró en mí como se me había dicho y me hizo tenerme en pie; y oí al que me hablaba… Me dijo: Hijo de hombre, todas las palabras que yo te dirija, guárdalas en tu corazón y escúchalas atentamente, y luego, anda, ve a donde los deportados, donde los hijos de tu pueblo; les hablarás y les dirás: “Así dice el Señor Yavhé”, escuchen o no escuchen» (Ez 2,2.3,10-11).

[26] Miguel Payá Andrés. UNGIDOS POR EL ESPÍRITU

Íntimamente relacionado con el don del profetismo está el don de la sabiduría, que capacita al hombre para conocer la voluntad divina. Actuando desde dentro, el Espíritu Santo concede como un nuevo sentido que permite leer la vida con profundidad y descubrir el plan divino. Es lo que explica el libro de la Sabiduría: «¿Quién habría conocido tu voluntad, si tú no le hubieses dado la sabiduría y no le hubieses enviado desde lo alto tu Espíritu Santo? Sólo así se enderezaron los caminos de los moradores de la tierra, así aprendieron los hombres lo que a ti te agrada y gracias a la sabiduría se salvaron» (Sab 9,16- 18).

A la acción profética del Espíritu en Israel le debemos, además, otro efecto admirable. En la medida en que los dirigentes del pueblo de Dios fueron cayendo en la infidelidad y la apostasía, el Espíritu fue dando a conocer la futura venida de un Rey ideal, el Ungido (Mesías) por antonomasia, sobre el que reposaría el Espíritu de Yavhé con toda la abundancia de sus dones (cf. Is 11,2), y lo haría capaz de realizar una misión definitiva de justicia y de paz. Este Rey pacífico es descrito admirablemente en los cuatro famosos cantos del Siervo de Yavhé, de Isaías (cf. Is 42,19; 49,1-7; 50,4-11; 52,13-53, 12), que son como el retrato anticipado de Jesús.

> *Acción santificadora.* Según la Biblia, el Espíritu no es sólo luz que da el conocimiento de Dios, sino también fuerza transformadora que santifica, es decir, que hace vivir la misma vida de Dios. Por eso se le llama «Espíritu de santidad», «Espíritu Santo».

Esta acción transformadora del Espíritu es maravillosamente descrita en esa obra maestra de la oración de Israel que es el salmo 51 (Miserere). El Espíritu comienza despertando la conciencia de pecado y la necesidad de una purificación que sólo puede dar Dios: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa… pues yo reconozco mi culpa». Después, infunde el deseo de la alegría, de una vida plena y armoniosa: «Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados». Pero para gozar plenamente de esa alegría, no basta la eliminación de las culpas, es necesario que el Espíritu nos dé un corazón nuevo, una nueva personalidad: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme». Y, una vez construido el hombre nuevo, el Espíritu lo hace capaz de asumir un compromiso valiente: «Afiánzame con espíritu generoso: enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti». Y así, los hombres nuevos crearán una sociedad nueva: «Señor, por tu bondad, favorece a Sión, reconstruye las murallas de Jerusalén».

Ciertamente la revelación del Espíritu Santo como persona no se produjo hasta Jesús; porque sólo en Jesús se nos descubrió que Dios es Trinidad. Pero, como acabamos de ver, el mismo Espíritu fue anticipando y preparando su manifestación definitiva en la historia de Israel, como «aliento» y fuerza actuante de Dios.

3. EL ESPÍRITU SANTO Y LA REVELACIÓN[27]

Dios, que es invisible, ha querido manifestarse a los hombres y darles a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9). Y esto la ha hecho de muchas maneras desde el origen mismo del mundo.

En primer lugar, al crear y conservar el universo por su Palabra, ha ofrecido a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo. Como dice San Pablo, «lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se deja ver a la inteligencia desde la creación del mundo a través de sus obras» (Rom 1,20). Además, queriendo abrir el camino de la salvación, Dios se reveló desde el principio a nuestros primeros padres. Y, después de su caída, los levantó a la esperanza de la salvación con la promesa de la redención.

Después, ha cuidado continuamente del género humano, ha inscrito su ley en la conciencia de todo hombre para que sepa discernir entre el bien y el mal, y ha ofrecido su salvación a todos los que le buscan con sincero corazón. Por eso no es extraño que los hombres de todos los tiempos hayan tenido una cierta percepción de esa fuerza misteriosa que dirige el mundo y los acontecimientos de la vida humana; y que muchos incluso hayan reconocido a Dios y hayan impregnado toda su vida de un íntimo sentido religioso. Así lo atestigua la historia de las religiones.

Pero, como a causa del pecado, los hombres se ofuscaron en sus razonamientos, adoraron y sirvieron a las criaturas en vez del Creador, y cayeron en todo tipo de perversiones (cf. Rom 1,18-25), Dios, movido por su amor, decidió manifestarse más claramente a los hombres, hablarles como amigos y tratar con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía.

Para reunir a la humanidad dispersa, comenzó llamando a Abrahán para hacerlo padre de un gran pueblo (cf. Gén 12,2-3). Y, en efecto, después de la época de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo, salvándolo de la esclavitud de Egipto, y lo fue instruyendo por medio de Moisés y los profetas para que lo reconocieran a él como Dios único y verdadero, como Padre providente y justo juez. Además, fue despertando en ese pueblo una gran esperanza: un día, Dios purificaría todas las infidelidades de la humanidad y ofrecería la salvación definitiva, no sólo al pueblo de Israel, sino a todos los hombres (cf. Ez 36; Is 49,5-6). De este modo, Dios, a través de su «aliento» misterioso, fue preparando a través de los siglos el camino del Evangelio.

Y, por fin, llegó el día de la manifestación definitiva: «Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo» (Heb 1,1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre que actuó y habló movido por el Espíritu de Dios, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En él, Dios nos lo ha dicho ya todo, no le queda más por decir. Con sus palabras y obras, con sus signos y milagros, y, sobre todo, con su muerte y gloriosa resurrección, Jesús nos ha revelado toda la hondura del amor que es Dios y su designio admirable sobre nosotros.

[27] Miguel Payá Andrés. UNGIDOS POR EL ESPÍRITU

Pero la plenitud de la revelación de Jesús sólo se produjo cuando él envió al Espíritu de la verdad. Ya lo anunció a los apóstoles en el Cenáculo: «Muchas cosas tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ellas. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga» (Jn 16,12-13). Fue, pues, el Espíritu Santo quien concedió luz a los apóstoles para que conocieran la «verdad completa» del Evangelio de Cristo, para que ellos y sus sucesores pudieran anunciarla a todas las gentes (cf. Mt 28,19).

4. EL ESPÍRITU SANTO Y LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN

La revelación definitiva de Dios en Jesús, nosotros sólo la conocemos a través del testimonio de los apóstoles.
Como lo que Dios había revelado tenía que servir para la salvación de toda la humanidad, Dios mismo estableció la manera de conservarlo íntegro para siempre y transmitirlo a todas las edades.

La transmisión de los Apóstoles

Cristo mandó a los apóstoles predicar el Evangelio a todos los hombres, como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta (cf. Mt 28,19-20). Los apóstoles cumplieron fielmente este mandato, transmitiéndonos todo lo que habían aprendido de las obras y palabras de Jesús y lo que el Espíritu Santo les había enseñado. Y lo hicieron de dos maneras: oralmente, es decir, con su predicación, y por escrito, ya que los mismos apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación.
Tanto la transmisión oral como la escrita, se hicieron bajo la inspiración y la asistencia del Espíritu Santo. Sólo él es capaz de garantizar que la verdad transmitida coincida con la verdad revelada. Esta intervención del Espíritu en la predicación de los apóstoles comenzó ya el día de Pentecostés: «… quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hch 2,4). San Pedro tiene plena conciencia de esta acción del Espíritu, cuando escribe: «… éste es el mensaje que ahora os anuncian quienes os predican el Evangelio, en el Espíritu Santo enviado desde el cielo» (1 Pe 1,12).

La transmisión de la Iglesia

Después de la muerte de los apóstoles, la Revelación tenía que darse a conocer a los hombres de todos los tiempos. Y esta es la tarea asignada a la Iglesia. Por eso San Pablo escribía a sus discípulos: «Así, pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta» (2 Tes 2,15).
Las últimas palabras del Apóstol ya nos indican que la Iglesia tendrá que conservar lo transmitido por los apóstoles de dos modos:

En la Sagrada Escritura conservará lo que ellos escribieron.

En la Tradición, es decir, en su enseñanza, su vida y su culto, conservará lo que ellos hicieron y enseñaron oralmente.

Sagrada Escritura y Tradición son para nosotros las fuentes donde encontramos la Revelación. Ambas están estrechamente unidas, ya que manan del mismo manantial, se unen en un mismo caudal y corren hacia el mismo fin (cf. Dei Verbum, 8). Y ambas constituyen el depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia.

Ya hemos dicho que el Espíritu Santo está en el origen de este depósito de la fe, por cuanto que ha inspirado tanto la Sagrada Escritura como la predicación oral de los apóstoles que nos transmite la Tradición. Pero, para que este depósito sea conservado y transmitido por la Iglesia, el Espíritu necesita hacer aún otras dos operaciones:

> Ayudar a que los creyentes acojan con fe y crezcan en la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas. Esta acción interna del Espíritu Santo nos acompaña cuando contemplamos y estudiamos estas verdades, cuando profundizamos en los misterios que vivimos, y cuando escuchamos su proclamación por parte de los sucesores de los apóstoles.

Asistir al Magisterio de la Iglesia para que enseñe e intérprete auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita. Porque los obispos, en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma, tienen por mandato divino la misión de custodiar celosamente y explicar con fidelidad el depósito de la fe. Y, en el ejercicio de esta misión, cuentan con la asistencia del Espíritu Santo.

Gracias a esta doble acción del Espíritu Santo, la Iglesia es infalible, no se puede equivocar al presentar e interpretar la doctrina revelada. Este don de la infalibilidad está concedido, en primer lugar, a todo el pueblo de Dios: la totalidad de los creyentes no puede equivocarse cuando, desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos, muestran estar totalmente de acuerdo en cuestiones de fe y moral. Y esta infalibilidad reside también en aquellos que, por voluntad de Jesús, tienen la capacidad de representar a todo el pueblo de Dios: en el Papa, cuando como Pastor supremo enseña definitivamente una doctrina, y en el Cuerpo Episcopal, cuando ejerce el magisterio supremo presidido por el sucesor de Pedro.

5. LA SAGRADA ESCRITURA, INSPIRADA POR EL ESPÍRITU SANTO[28]

Hemos dicho que la revelación de Dios nos llega al mismo tiempo a nosotros por la Sagrada Escritura y por la Tradición. Vamos a fijarnos ahora especialmente en la palabra de Dios escrita, en la Biblia.

El Concilio Vaticano II afirma: «La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia» (Dei Verbum, 11). Desentrañemos el significado de esta declaración solemne.

[28] Miguel Payá Andrés. UNGIDOS POR EL ESPÍRITU

La Sagrada Escritura es, a la vez, un libro divino y humano. Es divino porque tiene a Dios por autor, ya que las verdades que en él se contienen se consignaron por inspiración del Espíritu Santo. Y es humano porque, en la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaron de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería (cf. Dei Verbum, 11). Y, como todo lo que afirman los autores inspirados lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que estos libros sagrados nos enseñan fielmente y sin error la verdad que Dios ha querido transmitirnos para nuestra salvación.

Ahora bien, si en la Sagrada Escritura Dios habla al hombre a la manera de los hombres, para interpretarla bien es preciso estar atento, tanto a lo que los autores humanos quisieron verdaderamente afirmar, como a lo que Dios quiso manifestarnos a través de sus palabras. Para descubrir la intención de los autores sagrados, es preciso tener en cuenta la cultura, la historia y los modos de hablar y de escribir de la época en que escribieron. Para captar lo que Dios nos quiere decir, hemos de tener en cuenta este gran principio: «La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita» (*Dei Verbum,* 12). Y esto se logra aplicando estos cuatro criterios:

> Se ha de leer a la luz de la fe, que es la que nos permite recibirla como palabra de Dios.

Se ha de leer desde Cristo, porque, por muy diferentes y distantes que sean los libros que la componen, todos manifiestan el único designio de Dios, cuyo centro y corazón es Cristo Jesús.

Se ha de leer en la Tradición viva de la Iglesia, ya que la Revelación va dirigida a todo el pueblo de Dios, que conserva su memoria viva en la Tradición y cuenta con la asistencia del Espíritu Santo para interpretarla auténticamente.

Se ha de leer situando cada cosa en el conjunto, ya que existe una cohesión entre todas las verdades que enseña, dentro del proyecto total de la Revelación.

En cuanto a su contenido, recordemos que la Sagrada Escritura se compone de Antiguo y Nuevo Testamento. Los 46 libros del Antiguo Testamento, aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros, están divinamente inspirados y conservan un valor permanente. Nos enseñan la pedagogía divina, que fue preparando y anunciando la venida de Cristo, y contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y sobre el hombre. Los 27 escritos del Nuevo Testamento nos ofrecen la verdad definitiva de la revelación divina, porque su objeto central es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, sus obras, sus enseñanzas, su pasión y glorificación, así como los comienzos de su Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo. Y, entre los escritos del Nuevo Testamento, sobresalen los cuatro Evangelios, corazón de toda la Biblia, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador.

Finalmente, conviene que ponderemos la importancia de la Biblia para nuestra vida de creyentes. El Vaticano II compara la importancia de la Sagrada Escritura para la Iglesia con la que tiene la Eucaristía (cf. *Dei Verbum,* 21). Y es que la Sagrada Escritura y la Eucaristía

hacen la Iglesia. Para explicar esta función constitutiva de la palabra de Dios escrita, el mismo Concilio hace tres afirmaciones muy importantes:

> La Sagrada Escritura es «sustento y vigor de la Iglesia». En efecto, ella es la norma suprema de la fe, junto con la Tradición, y el alimento de toda su predicación y vida.

La Sagrada Escritura es «firmeza de fe para sus hijos». Pues a través de ella adquirimos la ciencia suprema de Jesucristo. «Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» (*Dei Verbum,* 25).

La Sagrada Escritura es «alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual». Es decir, es (debe ser) el alimento principal de nuestra vida personal de fe. Ningún libro es comparable a la Biblia, ni en cuanto a su verdad ni en cuanto a la energía que trasmite; porque Dios hace siempre lo que dice.

Aunque, para que esto suceda, tendremos que prestar atención a este último consejo del Concilio: «Recuerden que, a la lectura de la Biblia, debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre; pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (*Dei Verbum,* 25). Es una forma de recordarnos que la Biblia es una inmensa declaración de amor que está exigiendo una respuesta de amor

6. BAUTISMO EN EL ESPÍRITU SANTO[29]

Elemento esencial en la *Renovación* es sin duda el *Bautismo en el Espíritu Santo,* "la cuestión no sería discutir la posibilidad de un hecho cuya evidencia consta, sino profundizar en su realidad profunda y en el significado de ese elemento esencial de la *Renovación*, de esa *experiencia espiritual* y fundamental que llamamos *Bautismo en el Espíritu Santo*; *verdadera y eficaz actualización de Pentecostés,* gracia que se da para toda la Iglesia, para todos. Punto de partida, por tanto, para comprenderlo, será Pentecostés".

Jesús anunció Pentecostés a los Apóstoles (Hch 1, 4-5), para pasar luego a explicárselo *"recibiréis la fuerza del Espíritu Santo…"* (Hch 1,8). Esta información de Jesús es clave. Manifiesta la finalidad directa de la efusión del Espíritu y, por consiguiente, del *Bautismo en el Espíritu Santo* que están a punto de recibir. En la mente de Lucas, Pentecostés es el cumplimiento de la palabra de Jesús, el *Bautismo en el Espíritu Santo* de aquella pequeña comunidad reunida en el Cenáculo (Hch 2, 1-4). Jesús estaba cumpliendo su promesa, estaba bautizando a sus discípulos *en el* Espíritu Santo, *con el* Espíritu santo que se manifestaba como viento impetuoso para significar que es *la Fuerza de Dios* que derrama sobre ellos, los transforma interiormente y los constituye en testigos eficaces para llevar su nombre hasta los confines del mundo. El resultado es que *"comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba expresarse"* y gentes de muchas naciones –comenta Lucas- oyeron que en sus propios idiomas los Apóstoles proclamaban las maravillas de Dios.

[29] P. José Camilo Arbeláez M.

El *Bautismo en el Espíritu Santo,* en este sentido, va en línea de la renovación de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación con sus respectivas promesas –como se hace comunitariamente en la vigilia de Pascua y Pentecostés-. La *Renovación* quiere reunir todo el caudal de gracias recibidas a lo largo de la vida; "firmar" con el Señor un compromiso más exigente, con una conciencia más clara y más explícita, sellar con él de nuevo una alianza personal de amor y fidelidad, y pedirle nuevas gracias y carismas para realizar en plenitud la vocación y misión a que hemos sido llamados. Misión que Jesús alcanzó en plenitud y que Pedro testimonió el día de Pentecostés: *"… este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho SEÑOR y CRISTO"* (Hch 2,36). Misión que manifiesta también Pablo VI*: La Iglesia tiene necesidad de un perenne Pentecostés… Una gran efusión del Espíritu Santo acogida con deseo, con constancia, con empeño personal y comunitario…*

1. ES UNA "NUEVA EFUSIÓN" DE ESPÍRITU SANTO

Implorada en una oración llena de fe y confianza que una comunidad cristiana eleva a Cristo Jesús glorificado para que derrame su Espíritu, de manera nueva y con mayor abundancia, sobre la persona o personas que ardientemente lo piden y por quienes los demás oran.

Lo que se pide es el mismo Espíritu Santo, don de Dios, por excelencia. Se hace acompañándola de la imposición de manos de algunos hermanos presentes. Este gesto es una expresión sensible de amor fraterno y de comunión humana, un signo externo de solidaridad en la plegaria de intersección, con el deseo ardiente sometido a la voluntad de Dios, de que Jesús derrame sobre la persona el don del Espíritu Santo. Este gesto es esencialmente evangélico. (Mt9,18;19, 15; Mc 6, 5; 7, 32; 8, 23-25; 16, 18; Lc 4, 40; 13,13; Hch 9, 12. 17; 13, 3; 28, 2).

2. ES UNA "NUEVA MISIÓN" DEL ESPÍRITU SANTO

Esta nueva efusión del Espíritu Santo se puede explicar a la luz de la teología de las *"misiones divinas"*. Santo Tomás de Aquino enseña: *Que el Espíritu Santo sea enviado o venga de nuevo, no quiere decir que se desplace, sino que surge en la criatura una relación nueva para con el Espíritu: o bien porque nunca estuvo allí, o bien porque empieza a estar de diferente manera a como estuvo antes.*

Puede deducirse fácilmente que podemos recibir este *"Bautismo en el Espíritu Santo"* no solamente una vez, sino siempre que lo imploremos de Cristo glorificado, con deseo vivo y sincero… y cuando se trate de momentos importantes o acontecimientos fuertes en nuestra vida.

3. ES UNA "NUEVA EXPERIENCIA" DEL ESPÍRITU SANTO

El primer efecto de esta gracia es tener una "*experiencia del Espíritu*" que habita en el corazón del creyente, experiencia que encaja perfectamente en el marco de nuestra teología tradicional católica, tal como lo confirma santo Tomás. A este propósito, Pablo VI también, en su homilía de Pentecostés (18 de Mayo de 1975), afirmaba: *Quisiéramos… no sólo poseer inmediatamente al Espíritu Santo, sino también experimentar los efectos sensibles y prodigiosos de esta maravillosa presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros… esa*

riqueza de virtudes sobrenaturales, riqueza de dones, los célebres siete dones, que hacen rápida y ágil la acción del Espíritu.

4. ES UNA GRACIA QUE RENUEVA Y ACTUALIZA LAS GRACIAS YA RECIBIDAS

Esta nueva efusión de Espíritu Santo es una gracia que renueva, actualiza de manera existencial y pone en actividad el rico caudal de gracias que Dios ha dado a cada uno a través de los sacramentos recibidos: Bautismo, Reconciliación y Eucaristía. Esta gracia beneficia también los carismas del propio estado de vida… En esta perspectiva la efusión de Espíritu Santo tiene una semejanza notable con el bautismo en el Espíritu que recibieron los Apóstoles en Pentecostés. Ellos estaban equipados con multitud de gracias que les había comunicado personalmente Jesús. Sin embargo, necesitaron el don del Espíritu Santo para poner en actividad todas estas capacidades espirituales (Lc 24, 49).

5. ES UNA GRACIA QUE LIBERA DE OBSTÁCULOS, CADENAS Y ATADURAS

El Espíritu Santo está en nosotros con toda la riqueza de su ser infinito y con toda la potencialidad de su actividad divina; sin embargo, debido a obstáculos y barreras que voluntaria e involuntariamente ponemos, manifestadas en el pecado, en la desidia, en la pereza o en la tibieza, etc., la acción del Espíritu Santo no llega a desplegarse en nosotros en toda su plenitud. En estas circunstancias, esta nueva efusión de Espíritu Santo es una gracia de Dios que rompe la dureza de nuestro corazón, remueve las trabas, rompe las cadenas y nos dispone para que el Espíritu actúe en el interior del creyente, haciéndolo crecer en esa libertad. *"Para ser libres nos liberó Cristo"* (Ga 5, 1).

6. ES UN DEJAR ACTUAR LIBREMENTE AL ESPÍRITU SANTO

La experiencia espiritual llamada *Bautismo en el Espíritu Santo* se explica con frecuencia también como *un dejar actuar libremente al Espíritu Santo* en nosotros. La oración para "dejar actuar libremente al Espíritu" librará al creyente de todas las trabas, impedimentos y estorbos, y el Espíritu Santo producirá una verdadera eclosión de vida y de frutos… (*cf.* 2 Co 3, 17).

7. ES UN PRINCIPIO DE VIDA NUEVA

Como consecuencia de esta "efusión de Espíritu Santo", que es apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder, vendrá un verdadero despertar de vida que se manifestará en "frutos de santidad" y en "carismas espirituales" para edificar la Iglesia. Algunos de los frutos que se perciben; son entre otros:

a) En cuanto a la propia santificación
- Conversión interior radical y transformación profunda de la vida.
- Luz poderosa para comprender mejor el misterio de Dios y su plan de salvación.
- Nuevo compromiso personal con Cristo.
- Apertura sin restricciones a la acción del Espíritu Santo.
- Gusto por la oración personal y comunitaria.
- Atractivo por la oración litúrgica de la Iglesia.
- Búsqueda viva de los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.

- Mejor revaloración de la misión de la Virgen María en el plan de la redención.
- Amor verdadero y auténtico a la Iglesia y a sus instituciones.
- Comprensión generosa de las deficiencias de nuestra Madre, la Iglesia.

b) En el orden de la actividad apostólica:
- Aprecio por los carismas, dones del Espíritu Santo, para edificar al mundo y construir la Iglesia.
- Anhelos ardientes de participar en la evangelización del mundo.
- Entrega generosa al servicio de los hermanos en la fe.
- Descubrimiento de una verdadera opción preferencial por los pobres.
- Fuerza divina para dar testimonio de Jesús en todas partes.
- Interés por la unidad de los cristianos dentro de un ecumenismo saludable.

8. ES UNA FUENTE DE FRUTOS Y CARISMAS DEL ESPÍRITU

Esta "nueva misión del Espíritu" beneficia al creyente en todo su ser, tocando *"su espíritu, su alma y su cuerpo"* (1 Ts 5, 23). Por eso es del todo normal que, con ocasión de ese Bautismo en el Espíritu la persona tenga una singular experiencia de Dios y de su acción, no sólo en frutos espirituales interiores, sino también en efectos sensibles y externos, un gozo como nunca lo había experimentado, la sanación inclusive de alguna enfermedad corporal, etc.

Más aún, es también natural que en esta ocasión el Espíritu Santo quiera renovar y reinflamar los carismas que ha concedido a cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo; y no sólo eso, sino que conceda otros dones más, según la medida de Cristo, y en vista del bien común y de la edificación de la Iglesia (cf. Ef 4, 7; 1 Co 12, 7-11.27-31).

9. ES EL INICIO DE UN NUEVO CAMINAR EN EL ESPÍRITU

Finalmente, hay que notar que esa nueva efusión de Espíritu es un inicio, un comienzo. No es de ninguna manera un punto de llegada o de perfección ya adquirida. Así como Pentecostés no fue para los Apóstoles sino el principio de una vida nueva en el nuevo Pueblo de Dios, así también este *Bautismo en el Espíritu Santo no es un término,* sino solamente el principio, el arranque de una vida nueva, de un nuevo caminar al impulso del Espíritu, de un comenzar a vivir en plenitud la vida cristiana (Ga 5, 16-25).

Este *Bautismo en el Espíritu Santo* suele ser clave, algo trascendental y definitivo para la renovación espiritual de todo cristiano. Vale bien la pena prepararse debidamente para pedir esta gracia. Juan XXIII lo anhelaba *"como un nuevo Pentecostés"* para la Iglesia; y Pablo VI, el 9 de marzo de 1975, escribía en su Exhortación Apostólica sobre la *"Alegría en el Señor": No es que los efectos de Pentecostés hayan dejado de ser actuales a lo largo de la historia de la Iglesia; pero son tan grandes las necesidades y los peligros de este siglo… La humanidad no puede tener salvación sino en una nueva efusión del Don de Dios. ¡Que venga, el Espíritu Creador a renovar la faz de la tierra!*

Esta nueva efusión de Espíritu que nos da Jesús glorificado puede producirse o renovarse cuantas veces se desee. Así, igual que podemos recibir diariamente en la Eucaristía el cuerpo y la sangre de Jesús, nos es permitido pedirle al Señor que nos bautice

constantemente con su Espíritu. La oración de *Bautismo en el Espíritu* es como una epíclesis, mediante la cual pedimos al Padre y a Jesús que nos envíen su Santo Espíritu… (Cat. Igl. Cat. n. 1109).